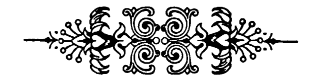


DON LINO VELASQUEZ

POR

SEGUNDO VILLAFAÑE



BUENOS AIRES

IMPRENTA «EUROPEA», MORENO 51

1886





DON LINO VELASQUEZ

CAPÍTULO I

En viaje para la estancia!....

I

Cuando el señor D. Lino Velasquez desea emprender su acostumbrado viaje á la estancia, de que es dichoso poseedor en la siempre rica provincia de Buenos Aires, se dirije á la Estacion del 11 de Setiembre y toma boleto para N . . .

Allí desciende del tren, y en una volanta que ha venido á esperarle al pueblito, se trasporta en menos de tres horas á la estancia; la que le dá la bien veni-

da con el rumor de sus grandes árboles, mecidos suavemente por el vientesito de la tarde.

Justamente este dia, domingo 20 de Noviembre de 1884, la volanta espera en la estacion del pueblo, y el cochero fuma su grueso cigarro negro, paseándose por el anden en gran charla con un peon del Ferro-Carril—el látigo, símbolo de su empleo, bajo el brazo, y haciendo sonar en las baldozas sus pesadas botas salpicadas de barro.

El tren no debe tardar y se nota en la estacion el movimiento de la gente que espera, sobresaliendo por entre el rumor de las conversaciones, ese ruidito especial del telégrafo que funciona.

El lejano silbato se escucha, los écos repiten en todas direcciones el ruido confuso del tren que se acerca, vá amortiguándose á medida que este disminuye su velocidad, y luego llega por fin, rodando pesadamente sobre los rieles, entre el chirrido de los frenos y la poderosa respiracion de fuego de la locomotora.

Baja D. Lino del tren, y tras él la familia toda; y mientras Pascual, el cochero, vá acomodando en el carruaje los varios paquetes que traen los viajeros, D. Lino y su señora, sus dos hijas y su hijito menor,

prepáranse alegremente para este segundo viaje, camino de la estancia, donde van á pasar el verano, felices con abandonar por un tiempo el bullicio diario de la ciudad.

El dia es hermoso, fresco; una ligera lluvia que ha caido por la mañana y el brillo del sol en los charquitos que se vén acá y allá, auguran un viaje sin tierra y una tarde magnífica, para cuando ya tranquila y libre de los cuidados del camino, salga la familia á dar una vuelta por la quinta de la estancia, ó vaya á ver atar las lecheras en el corral.

El látigo suena, y los caballos arrancan al trote, parando las orejas, animados y fogosos, como diciéndose que vuelven á su querencia, y á los altos pastizales de la quinta, donde suelen retozar alegremente, cuando soltándose por la noche, de *motu propio*, andan haciendo estragos entre los árboles nuevos que empiezan recien á echar hojas.

II

Durante varios minutos, atraviesan quintas y quintas, largas calles de álamos, paraisos y sauces; se tuerce por aquí, se da vuelta por allá, donde se hun-

den á veces las ruedas hasta el eje en las huellas profundas de los carros de bueyes y por fin se encuentran en medio del campo y en el empalme de dos caminos que se abren á distintas direcciones.

Tómase sin ninguna vacilacion el camino de la derecha, y adelante el carruaje rodando sobre un piso duro que brilla al sol, y en el que resuenan los cascos de los caballos y el rozamiento de las ruedas. Dáse, despues, un pequeño rodeo para evitar una lagunita formada en el camino por la lluvia de la mañana, y en la que bebe un pobre buey, viejo y pesado, de astas largas y abiertas, lustrosas en el tronco por el uso de la coyunda, y que levanta su cabeza tranquilamente, mirando pasar el carruaje con sus ojos . . . . de buey, y saboreando entre tanto su agua chapaleada con la serenidad de un filósofo.

Pintorescos eran por aquella época los alrededores de N . . . Salidos apenas de este laberinto de quintas, caíase en un gran espacio abierto, la cañada, limitado al Oeste por un segundo pueblo lleno de blancas casitas y ranchos, de huertas risueñas y verdes y frondosas arboledas. Un viejo puente, medio deshecho, atravieza un mezquino hilo de agua,

y á sus bordes, se doblan dos ó tres sauces mojando sus ramas en la corriente.

A la derecha, muy lejos, entre las arboledas del otro pueblo, se levanta atrevida la larga chimenea de un antigno molino, y volviendo la vista atrás, á la izquierda, entre los claros de los follajes ondulantes, las torres de su iglesia, parecen empinarse despidiendo á los viajeros.

Prolónganse paralelos ambos pueblos, terminando insensiblemente hácia el Sud-oeste, por arbolados mas ralos y azulados alfalfares. Cortan la lontananza dos ó tres montes de vecinas estancias, y resplandeciendo al sol, como trozos de acero bruñido, serpentea entre los pastos y se pierde á lo lejos el arroyo.

Mas allá, los campos verdes se tienden hasta el luminoso horizonte, cortados rara vez por pequeñas lomadas, y en la pendiente de las cañadas, aparecen á la distancia diseminados trozos de ganados, como manchas caprichosas ó golpes de pincel.

Á un lado, el cercano monte vá acentuando mas y mas las finas siluetas de sus álamos y destacando las grandes masas de los sauces y acacios que lo pueblan, mientras brilla dentro el verde brillante de

los durazneros, y allá, por un claro, aparece la pared blanca de una casa de material y un pedazo de cielo de un azul mas intenso por su contraste con el blanco.

Esta casa es un almacen que pronto deja atras el carruaje. Sobre el techo de teja francesa, se retuerce y agita al viento, en el estremo de una caña, un largo trapo blanco que simula una bandera, pero los escasos caballos atados al palenque, indican que aunque es domingo, no hay carrera alguna, ni otra diversion que atraiga concurrencia,—siendo solo los vecinos, los que toman la copa en el mostrador, ó juegan á las bochas en el patio.

III.

Allá, muy lejos todavia, una especie de isla azulada interrumpe el horizonte y por un efecto de óptica, parece bogar serenamente sobre un rio de plata. Cobran los caballos nuevos brios á su vista. Anímalos un poco Pascual, dirijiendo su mirada á la estancia lejana y D. Lino la señala con el dedo á la familia.

—¡La estancia! ¡La estancia! grita toda ella alborozada, y todos los ojos se fijan allá, donde la estancia aparece, cada vez mas cercana, con su monte de

duraznos y sus viejísimos sauces. La casa blanca con su mirador, asoma bien pronto por encima del follaje como á saludar á su vez á la familia, y Paquito que ya se figura en ella, se vuelve á su papá y le *ordena* que en cuanto lleguen le haga ensillar su petizo. Es grande el entusiasmo del muchacho y D. Lino tiene que retirarle de la portezuela, donde se ha echado de pechos, batiendo sus brazos y saludando la estancia con su sombrero de marinero.

Retírase el chiquilin, pero trepando sobre sus hermanas, que protestan por sus vestidos y sombreros estropeados,—trata de bajar el vidrio delantero para trabar conversacion con Pascual. Las niñas se quejan del viento, y no consienten en semejante atropello; una viva discusion se entabla; la madre, siempre consentidora, trata de arreglarla con una caricia, pero el padre la finaliza con dos buenas palmadas y un serio apercibimiento.

Cesa toda tentativa de hablar al cochero, y mientras Misia Elena, la madre, consuela al lloroso chiquilin, D. Lino se arrellana en su asiento, acariciando á lo lejos la estancia, con su mirada de propietario, ú observa distraidamente á su hija mayor, preciosa muchacha de diez y siete años, sentada frente á él.

Con sus grandes ojos, pardos y llenos deespresion, sus facciones correctas y su aire de seriedad y distincion, no se parecía ciertamente á aquel hombre de cara afilada, de pómulos salientes y nariz aguileña, cuyos ojos de color indefinible, de mirada fria, llenos de disimulo y como vueltos hácia dentro, acusaban un carácter doble y egoista. Pero en cambio, mostraba ella toda la bondad de la madre, sus mismos razgos fisonómicos, igual temperamento, y un algo, propio de ella sola, que acentuaba aun mas, si puede decirse, su personalidad.

Tambien, al parecer, miraba alegremente la casa nativa y aquel mirador desde donde habia sabido perder la vista en los campos, ó seguido con los ojos al paisano que cruzaba en su caballo por el camino, suelto al viento su poncho, negligente y despreocupado.

Estaba sin embargo como distraida, y ni prestaba atencion al aturdimiento de Paquito, ni á sus padres que reian con los dichos picantes de Clara, su otra hermanita. Era quizas que por una cierta inclinacion á los contrastes, Luisa, (que asi se llamaba) en medio de este silencio de las campañas, pensaba en la ciudad poblada que acababa de dejar; recorria sus

calles y sus paseos; imaginábase en plena calle de Florida, ante las lujosas vidrieras de los bazares; oia el ruido de los tramways y carruajes,—los gritos de los vendedores ambulantes y el rumor de las conversaciones,—todo ese movimiento, todo ese ruido, especie de latido inmenso de una ciudad populosa!.... ¡Quien sabe cuantos recuerdos mas, por una natural asociacion de ideas, pasaban por esa hermosa cabezita de niña seria y reflexiva! Y al mismo tiempo, parecia tambien que sus ojos buscaban con avidez algo en los campos, alguna persona que corriera alegre al encuentro del carruaje.

IV

D. Lino habia estado con quince dias de anticipacion en la estancia y arreglára todo para el pronto arribo de la familia. Dª. Rosa, la mujer del capataz y sus dos muchachas, que no siempre tenian aquello limpio y arreglado, empezaron por fin á moverse y dejando á un lado esta pereza de la campaña, limpiaron y sacudieron las habitaciones, lavaron vidrios y pisos, y fueron dejando todo en órden, desde la gran sala de hermosas ventanas con celocias verdes,

hasta el moderno mirador, con su cubierta de vidrios de colores, cuya ascencion era el sueño dorado de todos los muchachos de las cercanias.

D. Lino iba entre tanto de pieza en pieza, presenciando este arreglo, pensando al mismo tiempo en la distribucion de las habitaciones y asignando á cada miembro de su familia la que por todas razones creía corresponderle. En cuanto á él, dormiria en la sala grande y ventilada, donde entraba el viento por todos lados cuando se abrian las ventanas. Allí tenderia su catre, y con una sábana sobre la lona, podría dormir tranquilamente toda la noche, libre del calor y demas inconvenientes.

¡Con qué fruicion durante los ocho dias que permaneciera en la estancia, habíase tendido á la noche en su catre, solo, con el negro cigarrillo, en esta sala fresca y aereada! Y en tanto que conciliaba el sueño; quien sabe cuántas tropas de vacas y novillos habia visto pasar, gordos y mansos; ó bien, las arrobas de lana que, vellon tras vellon, iban dibujando las espirales de humo que jiraban lentamente sobre su cabeza, á la luz de la amarilla vela no despavilada, —mientras sus ojos se cerraban poco á poco, y pre-

ludiaba los primeros acordes de una larga sinfonia de ronquidos!

D. Lino Velasquez empezaba á encontrar reducidos sus campos, y como el avaro insaciable que sueña con su tesoro, soñaba con verlos estendidos á lo lejos una serie de leguas, poblados de estancias y con millares de vacas; tantas como las que mostraban unos ricos hacendados á Edmundo D'Amicis en su viaje, cuando hacian desfilar ante sus ojos asombrados, rodeos fabulosos de hacienda, imponentes masas compactas de vacas, que llegaban de todos los puntos del horizonte, ensordeciendo con sus mujidos, y renovándose sin tregua durante muchas horas.

Los peones de D. Lino lo llamaban por lo bajo mezquino, y daban á entender cómo era á este respecto, haciendo el ademan de cerrar fuertemente el puño; pero en cuanto á él, no se creia otra cosa que económico.

Sabian decir por ahí que jamás carneaba un novillo, y en medio del campo, entre tanta hacienda, sucedia á veces que solo una media res muy exigua de oveja se hallaba colgada en los ganchos de la cosina; —pero ¡que diablos! él podia muy bien contestarles que las vacas no eran para comérselas, sino para

que crecieran y se multiplicáran, segun el precepto bíblico.

Ciertamente que si esto podia llamarse miseria, podia ser tambien haraganeria de los peones, y de ahí se tomaba Velasquez cuando por casualidad no habia carne. Sabe todo el mundo que hay gaucho que por no moverse y rodear la majada, es capaz de pasarse todo un dia sin comer, y en tal caso ¿que culpa tenia Velasquez de esta desidia de sus peones?

Pero, fueran ciertas ó nó todas estas pequeñas mezquindades, ¿como hubiera podido dárseles mayor importancia, cuando á la verdad D. Lino era para todo el mundo un hombre respetabilísimo, honorable, exacto en sus compromisos, severísimo con los haraganes y visiosos y amigo de proteger á los trabajadores?

Pero, ved lo que es la malevolencia; tambien aquellos habladores decian que esta proteccion era solo palabras y nada positivo. Habia dos ó tres puesteros que tras largos años de trabajar tenian su majadita regular, pero . . . ¡los ingratos! . . . decian que habian trabajado bien y que siempre el beneficiado tres ó cuatro veces mas que ellos habia sido D. Lino.

A este respecto, el pobre Velasquez tenía desgracia; siempre los que le servian acababan por hablar mal de él; gente desagradecida, que quería recibir beneficios sin trabajo, olvidándose que él, á su vez, era padre de familia, y sus gastos enormes lo arruinaban.

Por lo demas, hacia poco caso de estas habladurias y ponia como pantalla para el mundo y aun para sí mismo, su condicion de hombre de campo, sencillo y honrado. Trataba siempre de que lo incluyesen en la categoría de esos viejos hacendados, lo mas respetable del país;—pero, para honor de la especie, hay que suponerlo un producto degenerado que conservaba únicamente la apariencia de virtudes casi agotadas.





CAPÍTULO II

Antecedentes

I

Pedro Diaz era un muchacho alto que habia pasado de los veinte y dos años, aunque solo un bozó ligero oscureciese su labio superior, y una barbita escasa encuadrase su rostro serio pero lleno de bondad, de líneas correctas aunque algo marcadas. Tenía esa dulzura de carácter de los fuertes y era sencillo y modesto en sus hábitos y maneras.

El cólera, que asoló toda la campaña de Buenos Aires el año 1869, lo dejó sin padres, solo y desconocido de sus lejanos parientes. Crióse cerca de D. Lino que siendo lindero del campo de los padres de Pedro y á mas padrino de éste, se hizo cargo del

chiquilin abandonado, llevándole á su casa á pedido de misia Elena que acababa de perder su primer hijo, y asumiendo en seguida la direccion del establecimiento.

Mas tarde los parientes de Pedro, contentos al librarse de aquella carga, aprobaron este procedimiento, y por el Juez competente, D. Lino Velasquez fué nombrado tutor del menor y albacea de la testamentaria.

En diez leguas á la redonda aquella era accion meritoria y D. Lino el hombre mas caritativo que alumbraba el sol. Cuando Pedro fuese mozo solo con una gratitud eterna podria pagar tantos beneficios.

Queria éste y respetaba á D. Lino, pero muchacho sencillo á pesar de sus lecturas, criado en el campo y lidiando con peones en las rudas tareas de las estancias, sin conocer otro pueblo que N. . . cuyas escuelas frecuentara, no habia podido apreciar entónces el puesto que Velasquez y su familia le asignaban en la casa.

Verdad es que la familia, casi siempre en Buenos Aires desde que Pedro fué mozo, rara vez lo habia visto, y sobre todo Manuela y Narcisa, dos viejas, hermanas de Velasquez, solteronas llenas de mi-

mos, que por nada de este mundo hubiesen dejado su casa de la calle de Artes y su iglesia de San Nicolás.

Para éstas, Pedro era un muchacho que D. Lino habia criado, y rieron de buena gana cierta vez que Luisa, en su sencilla bondad, dijo que Pedro era para ella como un hermano mayor que respetaba.

Consideraba Pedro á la esposa de Velasquez como si fuese su propia madre, y Luisa y Clara, solo buenos recuerdos tenian del cariño de Pedro.

¡Cómo se habian divertido con él cuando niñas! El las sacaba siempre á pasear en el carruaje, recojia para ellas huevos de tero en el campo y las procuraba cada dia una nueva diversion. Las dos tomados de las manos venian á él, y con su media lengua encantadora, charlaban largo tiempo con su amigo. Su apasible carácter y el cariño que por ellas sentia Pedro, estrechaba mas aquella amistad de la infancia que jamas se equivoca en sus simpatías.

Asi, Pedro, aunque habia pasado despues varios años sólo en la estancia, no podia olvidar jamás tan dichosos momentos.

No olvidaba tampoco cuan triste quedóse aquel

dia en que la familia emprendió su viaje á Buenos Aires, para poner á las niñas en el colegio! Tenia entónces quince años, y había sentido una inmensa opresion al pecho cuando ellas lo abrazaron y le dijeron:—Adios, Pedro, hasta la vuelta!—Largo trecho las acompañó á caballo y aunque D. Lino le decia que se volviese, él seguia, y á veces quedábase atrás y las hacia saludos con la mano que ellas le contestaban con el pañuelo.

Entónces sentia una ansia desconocida al ver desaparecer el carruaje en algun bajo, y apurando su caballo, volvia á alcanzarlas de nuevo, hasta que notando su presencia sacaban alborozadas sus cabezitas por la portezuela, gritando cual si hiciese un siglo que no le vieran:—Ahí está Pedro, mamá . . . . Ahí está! . . . Adios . . . . Adios! . . . .

Pero al fin le habia sido forzoso retroceder, perderlas de vista, y largo rato aún resonaron en su oido los adioses de Luisa y de Clara.

¡Que triste fué para él aquella primera noche que pasó en la estancia, sólo, en las grandes piezas, tan llenas la noche anterior de la voz de Luisa y las risas de Clara!

Desde aquella noche tambien, faltáronle los so-

lícitos cuidados de misia Elena, y en el comedor, sentado en la mesa con un libro, leyendo sin saber entónces lo que leia, le parecia ver aún á la señora, sentada, cociendo ó bordando,—mientras él leia en voz alta, D. Lino arreglaba sus papeles en el escritorio, y Luisa escuchaba religiosamente la lectura, sujeta sin darse ella cuenta por la voz del lector, y gozosa de hallarse cerca de él largo rato.

Así habian sabido pasarse las larguísimas noches de invierno, y al calor de esta vida íntima, se habia establecido entre Pedro y aquella familia una union estrecha y una conformidad de ideas que hacia imposible todo desacuerdo—viviendo con iguales tendencias é idénticos gustos en el aislamiento de la estancia.

Y todo esto sentía Pedro que de pronto se cortaba, que aquella vida quieta terminaba; y empezaba á tener frio en el corazon al encontrarse aislado de pronto, entregado á sí mismo, privado del calor de la familia que conforta y sostiene.

Bien hubiese querido misia Elena llevarlo consigo, y atentas sus buenas disposiciones, hacerle seguir sus estudios en un Colegio superior, pero D. Lino se habia opuesto terminantemente, y nada ha-



bia podido hacer por él, (pues el estanciero hacia siempre prevalecer su opinion) el muchacho habia quedado en la estancia, era inteligente, conocia bien el manejo de un establecimiento y sería demasiado útil á D. Lino para que éste lo sacara de allí.

Era un atentado friamente combinado contra el porvenir de Pedro, que no amaba el campo, que ansiaba ilustrarse, y soñaba con Buenos Aires, con sus colegios y civilizacion. Pero bueno y prudente, sumiso hasta la tonteria, el pobre muchacho callaba y le hubiese parecido un crímen manifestar el mas mínimo desagrado por esta reclusion, y por este egoismo ilimitado que lo sacrificaba sin dar absolutamente importancia al sacrificio.

II

Pedro habia pues, quedado en la estancia, aunque viviendo con el pensamiento en esa ciudad poblada que no conocia, pero cuyo movimiento seguía por los periódicos, de que era asíduo lector.

Cuando D. Lino estaba en Buenos Aires, lo que á menudo sucedía, él era como un mayordomo á

quien todo está confiado, y se empeñaba en cumplir estrictamente con sus obligaciones.

Se le veía así recorriendo los puestos, interviniendo en todas las operaciones y trabajos, y haciendo prosperar bajo su vigilancia aquel floreciente establecimiento donde la suerte parecía haber prodigado sus favores.

En cuanto á Velasquez, nada le decía y sacaba todo el provecho posible de aquel muchacho prudente y delicado. Por lo demás, aun creía hacerle favor, pues sin él, ¿que seria del infeliz huérfano, perdido en los campos y solamente entregado á sus instintos? El lo enseñaba â trabajar, se decía, y con su tiránica severidad lo hacia exacto y cumplidor.

Los primeros tiempos, cuando D Lino llegaba de la ciudad traia siempre á Diaz alguna carta cariñosa de misia Elena, donde no faltaba una posdata de Luisa. Era como una conversacion familiar á la distancia, que servía para mantener siempre vivo el recuerdo de sus veladas de la estancia, y las lecturas interesantes en torno de la mesa del comedor. Pero el tiempo fué enfriando este cariño, y en la ciudad, entre sus fiestas, llenas de nuevas preocupaciones cada dia,—el último figurin y los debates sobre un

nuevo vestido ó sombrero, poco tiempo dejaban para acordarse del ausente.

Al principio hirió dolorosamente á Diaz esta indiferencia, y no sin secreta amargura consideró los efímeros vínculos que lo ligaban á aquella familia olvidadisa; luego, poco á poco fué haciendose á esta vida de aislamiento de aquellos que hasta entónces considerára como de los suyos. Pero al mirarse mas solo que nunca, sentia ardientes deseos de cambiar de aire y de horizonte.

Así le halló la revolucion del 80. D. Lino le escribia diciéndole que se mantuviese en la estancia pero por primera vez en su vida le desobedeció, saliendo al campo deseoso de caer en algun batallon que se organizase. Vió en N. . . . realizados sus deseos, y aunque no tenia una opinion definida, como era conocido vino de oficial en aquella division de Arias que pudo llegar á Buenos Aires.

III

Un sentimiento profundo de conmiseracion se apoderó de misia Elena al verle entrar á su casa una mañana, roto y sucio el incompleto uniforme de

guardia nacional, las facciones demacradas y el brazo derecho en cabrestillo.

Corrió hácia el pobre muchacho tan solícita como cuando le prodigaba sus cuidados al igual que á sus hijos, y sentia humedecerse sus ojos al mirarle herido y débil sentarse en la silla que le alcanzaba.

Pedro en silencio, consideraba lo que le rodeaba y buscaba con la vista á Luisa y á los demás. Cuatro años iban á cumplirse desde la última noche que pasaron en la estancia, y le parecía tan extraño cuanto veía y tan distintas las personas, que se sentia lleno de turbacion y mal estar, incómodo tambien ante los ojos escrutadores de los sirvientes.

Pronto sin embargo se repuso, cuando llegó Luisa, tan bonita y tan llena de alma, y á los cuidados de su mamá unió sus cariñosas palabras, sencillas pero sinceras, que hicieron olvidar á Diaz los años de ausencia.

Habíase acercado â él con la misma confianza de entónces, alegre, feliz de volver á verle, pero afligida al pensar que tal vez fuese grave aquella herida.

Respiró mas tranquila, cuando Pedro le dijo que no era nada, y escuchó llena de interés las peripecias de la campaña.

D. Lino habia salido temprano y no volveria hasta la hora del almuerzo. Pedro resolvió esperarle y Luisa empezó con sus sentidas quejas, por que en tres años no habia podido venir una sola vez á Buenos Aires, habiéndoselo mandado decir muchas veces con D. Lino.

Pedro callaba. ¿Que podia decir él? D. Lino nada le habia dicho, y se mostró varias veces descontento cuando él por casualidad le habia insinuado sus deseos de venir á la ciudad. Diaz, á su vez, podia decirles á ellas que no se habian acordado de escribirle hacia mucho tiempo; pero preferia callar, y sonreir bondadosamente á Luisa que le protestaba que siempre se habian acordado de él.

Pasó como un soplo aquella hora de espera, y las once y media sonaban en el reloj del comedor, alternando con el ruido de platos y cubiertos en la mesa que tendian para el almuerzo, cuando llegó D. Lino hácia el cual corrieron madre é hija á darle la nueva para ellas buena, de la llegada de Pedro. Pero D. Lino frunció el poblado entre-cejo, y sin preguntar siquiera cómo estaba al pobre muchacho, medio turbado ante su severidad, le manifestó su desagrado por haber faltado á sus órdenes terminantes.

Pedro estaba confundido y apenas osaba decir una que otra palabra, mientras Luisa se empeñaba en dulcificar las recriminaciones de su padre, con nuevas atenciones para Pedro.

Amargo fué para este aquel almuerzo, y cuando luego se estableció un breve y abrumante silencio en la pieza, Diaz se levantó de su asiento y tomando el kepí fué á despedirse de misia Elena.

Aquella situacion no podia terminar de esa manera; D. Lino á pesar de su frio egoismo, comprendió que debia por lo menos una palabra de afecto á su ahijado.

—Ya que estás aquí, dijo á Pedro al despedirlo, pide licencia y ven á casa.

III

Cuando la revolucion terminó y aquellos soldados de un mes regresaron á sus casas, Pedro Diaz tuvo que volver á la estancia acompañando á Velasquez, que no veía las horas de llegar, pensando al mismo tiempo en el desquicio en que encontraria su establecimiento.

Habia sido la pesadilla eterna de D. Lino durante

todo el tiempo que duró la revolucion. Sus campos talados, sus haciendas tomadas para el alimento de las tropas, sus caballadas sirviendo para la remonta de los cuerpos! El habia visto en sueños pasar por sus campos, como en los viejos *malones* de los indios, primero los soldados de la revolucion, despues el ejército nacional, talando y saqueando!

D. Lino se creía aun en aquellos tiempos primeros de organizacion y de lucha, de caudillaje y bandolerismo, y en sus aflicciones de propietario perjudicado, no vacilaba en tachar á todos de ambiciosos vulgares (la frase de moda) y bandoleros, complotados para dejarlo en la calle con su familia.

Para él todos eran iguales. Tan pícaros los unos como los otros. En las discusiones que solia entablar de sobre-mesa con cierto sobrino riflero que iba â comer algunas tardes á su casa, su indignacion llegaba al colmo, y siguiendo el dicho vulgar de que á grandes males grandes remedios, pedia la horca para *los de adentro* y para *los de afuera.*

Pero como para D. Lino Velasquez la única moral aceptable era la moral del interes, no es extraño que á pesar de sus declamaciones *pro forma*, al mismo tiempo que lamentaba las desgracias de la na-

cion, y en camino para su estancia, donde todo esperaba encontrarlo dado vuelta, fuese desde ya calculando sus pérdidas y la gruesa indemnizacion que pediria al gobierno.

Como el espediente demoraría, y andaría de aquí para allá, en informes y dictámenes, era conveniente cargar un poco la mano, á fin de que el perjuicio no fuese tan grande. Desde ya iba pensando tambien á qué personas veria y qué influencias tocaría, para salir airoso en sus pretensiones.

Pero ¿para qué decir que los perjuicios sufridos no valian ni con mucho las noches sin sueño que habia pasado, pensando á toda hora en su estancia saqueada?

Habia ya mas respeto por la propiedad que el que D. Lino imajinaba; pero era necesario gritar, para engañar á su propia conciencia que le decía bien alto que no estaba del todo mal su establecimiento, sobre todo despues de los crecidos rendimientos de anteriores años, en que casi habia duplicado su fortuna.

Sus ovejas estaban gordas y aquel año tendría bastante lana que amontonar en sus galpones, para mandar á la plaza en oportunidad. Ya se encontraba apenas llegado, fluctuando entre dos compra-

dores que le ofrecian magníficos precios por sus novillos, y ni siquiera escasez de peones habia sufrido durante la revolucion, pues Diaz, habia tenido cuidado antes de su partida de dejar bien establecido el servicio, bajo la vijilancia del viejo capataz.





CAPITULO III

« Las Tablas »

I

A veinte y tantas cuadras mas afuera de la estancie de Velasquez, vénse dos largos edificios paralelos rodeados de árboles nuevos plantados á trechos, y en un terreno de cuatro cuadras, zanjeado y alambrado.

Al borde de la zanja, entre los postes del alambrado, crece y prospera la *cina-cina*, y por entre su ramaje ralo que ondula al viento, puede verse esta extension de terreno sembrada de alfalfa, y dos ó tres parvas amarillentas cercanas á los edificios.

Estas construcciones son de un solo piso, de madera, y cubiertas con un techo de zinc; por lo cual

han dado en denominar «Las Tablas» á este establecimiento, especie de bazar campestre, donde se empieza por artículos de almacen y tienda y se concluye por depósito de frutos.

Corre de uno á otro edificio, como uniéndolos, un cerco de duelas que cierra el espacio comprendido entre ámbos, y del otro lado de éste, un gran espacio limpio donde hay varios juegos de bochas á disposicion de los concurrentes.

En seguida, atravesando la ancha zanja por medio de una tabla colocada á manera de puente, se llega al palenque, serie de postes unidos, donde atan los gauchos sus caballos, mientras beben su vaso de caña en el almacen, ó bien en el patio, hacen círculo á alguno, que recojido el chiripá y en cuclillas, pide noticias de animales perdidos, dibujando las marcas en el suelo con su cuchillo.

El edificio de la izquierda sirve para depósito de frutos, percíbese allí ese olor especial, acre y grasoso de las barracas, olor á lana y cueros, brillantes negocios del establecimiento. El otro departamento es el almacen.

Dentro de éste y detras de la reja interpuesta entre comprador y vendedor, se vé á los dependientes

en mangas de camisa, con el pañuelo de seda al cuello y el blando sombrero echado atras, atendiendo á los marchantes en sus compras ó poniendo en órden los vasos y copas desocupados.

Varios cajones donde se guarda el arroz, la azucar y otros comestibles, son como la base del sencillo armazon de pino, pintado de rojo oscuro, y dividido en dos por otra estanteria apoyada sobre el mostrador.

En los estantes de la primera division, entre la penumbra de la pieza, varios tarros de vidrio proyectan sus reflejos perdidos, y mas alto, luciendo sus centelleos de topacio, las botellas de cognac contrastan con los oscuros frascos de la ginebra, alternando con series de vasos y botellones de vidrio, cohetes de la India y cajas de sardinas, algunos vinos, varias docenas de loza y cien utensilios de lata, como jarros, tazas, etc.

Varios pares de riendas, bozales y rebenques, se ven acá y allá colgados en clavos, algunas prendas empeñadas esperan tranquilamente su rescate, y muy llena de cintas de colores una guitarra se mece en un clavo, vibrando toda su caja sonora al mas leve sacudimiento.

No faltan los agudos cuchillos de negro cabo de asta, con venaditos de metal perseguidos por ginetes de la misma espécie, ni tampoco dos ó tres largos facones con virolas de plata en el puño. Mas allá frenos y estribos de madera, cajas de cuerdas, paquetes de naipes y un mundo de chucherias.

La segunda division está destinada á los artículos de tienda; los ponchos de algodon y las mantas pampas,—los chiripaces de paño, los percales de colores, las zarazas baratas como para campo.

Vénse allí dos ó tres estantes donde ostentan los lienzos el blanco amarillento de su tejido, puestos en piezas unos sobre otros, y los bramantes, blancos y brillantes, alineados verticalmente. Mas bajo los generitos de lana de gustos pasados de moda, tan antiguos como el vestirse; las cajas de medias y las mas grandes de camisas, los pañuelitos de espumilla y los rebozos y chalones.

En grandes fajas, colgados aquí y allá como adorno sobre la pared del fondo, ondean las docenas de pañuelos de algodon, (artículo noble) de colores subidos, con grandes flores ó grandes cuadros.

Interrumpiendo de cuando en cuando la monoto-

nía de este sencillo acomodo de géneros, se vé colgado algun pantalon con las piernas bien abiertas, y esperando desde largo tiempo comprador. Colgados del techo en tablitas hechas para ese objeto, se balancean dos ó tres sacos de paño grueso y una camiseta de tartan con bordados de trencilla.

Viene en seguida la trastienda donde está la estiba; las pipas de caña y aguardiente, las de vino carlon y las bordalezas de francés; los tarros de kerosene y los paquetes de velas de molde. Al otro lado, las verdes frasqueras de ginebra, cajones de cognac y otras bebidas; cajas de galletitas Bagley, rollos de soga y resmas de papel de astraza.

Sobre las pipas se vé siempre envuelto el colchon que de noche tiende uno de los dependientes sobre el mostrador, y al otro extremo, uno de esos sólidos baules que han atravesado el océano, viniendo con sus dueños desde Vigo ó la Coruña.

Termina esta parte de la casa en una pieza grande, ventilada y clara, donde está colocada la cama del dueño del almacen y el catre de otro dependiente. Reina en aquella pieza cierto órden y proligidad, que acusa en su dueño mas delicados gustos, y los libros

no escasos en ella lo acreditan, así como la serie de frasquitos, jabones, peines y cepillos, que se ven colocados sobre el pequeño lavatorio con espejo que adorna la pieza.

II

Pertenece este almacen á un mozo español de apellido Gonzalez, que diez años atras, muchacho imberbe, viniera solo á América y ya en Buenos Aires su primera diligencia fuera ver los avisos de los periódicos en busca de colocacion, llevándolo su buena suerte á casa de un compatriota que tenia negocios en dos ó tres puntos de la Provincia.

Varios pueblitos de campo le habian visto sucesivamente llegar una mañana con su equipaje, é instalarse en la casa de su patron y paisano, primero como simple dependiente y luego en uno de ellos como habilitado.

A fuerza de contraccion é inteligencia, habia hecho crecer aquellos negocios, y logrando despues de ocho años labrarse una posicion independiente, trabajaba con juicio y prosperaba notablemente.

Escaso era tal vez el capital de su almacen, pero

en cambio sus negocios de frutos eran muchos y en grande escala. La caja de fierro que tenia á los piés de su cama, guardaba en ciertas épocas muy regulares sumas, y sus depósitos de la segunda division que trataba ya de hacer de material, estaban todo el año ocupados y no permanecian largo tiempo vacios, cuando enviaba á Buenos Aires sus lanas y sus cueros.

Era Gonzalez un mozo de estatura mediana, grueso, como de veinte y ocho años,—bien firme sobre su base, y de carácter afable pero lleno de resolucion. Tenia cierto aplomo y conciencia de sí mismo, como formado en ruda escuela de lucha diaria por la vida y no habia sentido jamas esas vacilaciones y desalientos que esterilizan á veces los mas poderosos impulsos.

Hecho desde jóven á bastarse á sí mismo, perdido á muchísimas leguas de su país natal, todo lo había esperado solo de su energia, llevando siempre la seguridad de la victoria.

Un dia pensó que seria magnífico negocio instalar por aquellos campos un almacen y dedicarse á la compra de frutos; como justamente por allí cerca no habia ninguno, se resolvió pronto á establecerse,

y arrendó á D. Lino un trecho de terreno que zanjeó y donde levantó sus almacenes.

Buen viento sopló desde su instalacion sobre el mezquino boliche, y como Gonzalez sabia amoldarse á las costumbres del campo y galopar firme sobre cualquier caballo que le diesen, asi fuese un redomon arisco y disparador; se hizo pronto de buenos amigos entre los paisanos, que venian de lejos á beber un vasito en su almacen, ó á hacer apuestas en las carreras que organizaba algunas veces.

Como era liberal y de buena fe en sus tratos, como se movia de acá para allá y no se daba tregua ni reposo, compraba frutos, y en cambio de ellos proveia de comestibles y demas artículos á muchos, y sabia hacer que casi todas las transacciones que se celebraban por allí, y todo el dinero que circulaba, pasasen previamente por su casa de negocio ó fuese el segundo á depositarse en su caja.

De tres en tres meses bajaba á Buenos Aires, repleto el bolsillo y con ganas de pasear en los ratos que le dejasen sus negocios. Habia varias casas por mayor que lo recibian con los brazos abiertos, y fuertes consignatarios le remitian puntualmente á su casa precios corrientes y circulares.

Quedábase una semana ó dos en la capital, y pasaba por teatros, billares y paseos, gastando con sus amigos con todo el rumbo que su creciente prosperidad le permitia.

Volvia luego á su vida de ruda labor, llevando cada vez algo nuevo á su negocio, y un poco mas tambien de esa cultura que se infiltra y se pega al mas rudo paisano, lanzado un dia solo entre el movimiento y la vida de la ciudad, corriente no interrumpida de progreso, que cada dia avanza un palmo mas, triunfante y conquistadora!

III

Pedro Diaz era íntimo amigo de Gonzalez. Despues de la revolucion, cuando Pedro suspiraba recordando aquellos pocos dias pasados en Buenos Aires, éste lo habia convidado muchas veces para que lo acompañase en sus viajes, pero nunca habia aceptado por temor de desagradar á D. Lino, mas severo con él desde su desobediencia del 80.

Gonzalez, sin embargo, habia hecho nacer en Pedro los primeros anhelos de independencia. Génio hostil á toda injusticia, con alguna penetracion y

conocimiento de los hombres, habia comprendido desde el primer momento que aquel muchacho sencillo, era injustamente tiranizado y hasta explotado, diremos la palabra.

Se explicaba bien, dado el carácter de D. Lino Velasquez, que este no diese importancia alguna á este hecho, pero sentía una sorda irritacion y hondo desprecio por este hombre egoista que todo el mundo llamaba honorable, y á la vez, inmensa lástima por su amigo que jamás se quejaba.

Irritábanle estos abusos del fuerte contra el débil, y como era franco, habíaselo dicho al mismo Velasquez. Mas de una vez llamara tonto á Pedro, sin importársele un bledo de lo que pensasen porque lo incitaba á la rebelion. Decia siempre en voz alta cuál era su opinion en este asunto, y muchos le daban la razon.

—El pobre Diaz es su servidor eterno, decia Gonzalez, y no obtiene ni una hora de independencia. D. Lino con su sonrisita hipócrita y su falsa llaneza, tiene embobado al pobre chico, barbarizándolo en esta vida del campo para la que no ha nacido. Sépanlo vds, ese chico medio tímido que vds. conocen, tan callado y poco ocurrente, tiene

mas talento que todos nosotros juntos, y hoy seria una esperanza si hubiese estado en mejores manos que las de D. Lino.

Era esta la debilidad de Gonzalez. Admiraba á Pedro y creíalo un talento no comun. Las contínuas lecturas habian hecho de éste un hombre culto y con cierta preparacion, que hacia naturalmente mas correcto su lenguaje y mas delicados sus gustos. De ahí la admiracion de Gonzalez, carácter altivo no acostumbrado á reconocer superiores, y que tenia sin embargo que inclinarse ante la fineza de espíritu y claro juicio de este muchacho.

De su frecuente trato habia nacido tambien en Gonzalez un vivo deseo de ilustrarse y el convencimiento profundo de que no solo del bienestar material debia cuidarse el individuo, por lo cual sus libros habian ido aumentando á medida que aumentaba su amistad con Diaz.

Pero si del punto de vista intelectual, como Gonzalez decia, Pedro era superior á él, si en teoria era mas sabio, en la práctica no pasaba de un chiquillo que habia que llevar de la mano. D. Lino, un pobre hombre, segun él, lo mareaba, lo envolvía y lo manejaba.

Pedro sonreia y callaba. ¿Cómo era posible que fuese él tan ciegamente dócil y tan estúpidamente sumiso, por respeto á un hombre de tan exígua talla moral, á quien miraba desde mucha altura, sintiéndose por todos conceptos el superior?

Nó, no era ese el motivo de la sumision de Pedro, de su ciega adhesion, de su paciencia misma. Muchas veces, mirándose dentro bien hondo, habia visto qué cadena lo ligaba, y á menos de ir contra sus sentimientos y renegar de todo su pasado, de su ardiente cariño por aquella familia, Pedro tenía que ver siempre en D. Lino, mas que un tutor un padre, como era para él una madre misia Elena y cada uno de sus hijos un hermano. Luisa, cuando le escribía ¿no habia sabido poner en sus cartas este sencillo encabezamiento: Querido hermano? Aún en sus horas mas negras, ¿no habian flotado delante de sus ojos, como nubes risueñas, aquellas escenas de sus pasados años, las noches de lecturas y los dias de sol de los primeros paseos? . . . .





CAPÍTULO IV

En familia

I

En Buenos Aires, reunidos á la noche en el comedor de su casa de la calle de Artes, mientras daban las 8 en San Nicolas, Clara, la hija menor de D. Lino, preparaba para el día siguiente sus deberes del colegio, Paquito dormia yá y una chinita cebaba el mate, Luisa conversaba con su mamá y sus tias de los asuntos del día, y á veces el recuerdo de Pedro venia á dar tema fecundo á la madre y la hija, para estenderse en largas conversaciones sobre la estancia y los años pasados en ella tranquilamente.

Era entónces de oir á la señora, de ordinario de

pocas palabras, hablar y recordar, consiguiendo apagar la sempiterna charlataneria de sus solteronas cuñadas, sacadas un momento de sus misas y novenas, sermones de frailes y murmuraciones de barrio.

Tenian lugar casi siempre estas conversaciones cuando Velasquez estaba en la estancia, y escribia comunicando su próximo regreso. Recordábase naturalmente á Pedro Diaz, y misia Elena ó su hija se preguntaban si vendria esta vez.

Cuatro años habian pasado yá desde la revolucion y dos desde su último paseo á la estancia, obligadas á regresar prontamente, á causa de una antigua dolencia que empezaba á hacerse grave en misia Elena, ataques al corazon, que requerian los cuidados de las notabilidades médicas de la ciudad. Sentenciada á muerte, diremos, por aquella dolencia que cualquier dia terminaria fatalmente, se había apoderado de misia Elena una especie de resignacion melancólica, que la hacia aun mas silenciosa de lo que era por su carácter y se sentia como desligada de las miserias de la tierra, con un pié en el dintel de otro mundo superior.

Soportaba con despreciativa indiferencia las mezquindades y ridiculeces de D. Lino, y jamas había

deslizado de sus labios una queja ante las veleidades de este hombre lleno de pasiones, que hecho en su juventud ajitada y viciosa á correr en pos de livianos amores; conservaba aun las malas mañas antiguas, á pesar de sus sórdidas tendencias de avaro.

Vivia en misia Elena solamente el amor entrañable á sus hijos, ese amor vigilante siempre en zozobra, parecido á la mirada de Dios atenta á la menor necesidad de sus criaturas; y aquel tranquilo cariño que sentía por Diaz, pobre huérfano, criado bajo su mirada protectora.

II

Las tias viejas se fastidiaban generalmente de todo interés que se demostrara por Pedro, muchacho medio gaucho segun ellas, que no tenia nada que hacer en Buenos Aires. Empezaban entónces las largas discusiones y oian ellas los elogios que de Pedro se hacian, con una mueca de desprecio en los labios que irritaba á Luisa, á pesar de su carácter apacible.

Para ellas, el ideal era aquel parientito que habia sido riflero, elegante persona de cútis de niña y flequito *high life*, pero vano y superficial, paseante eter-

no de la calle Florida, infaltable en cualquier tertulia, y eximio jugador al billar en «San Martin,» donde noche á noche se le veía. Fuera de su odio ciego á de los frailes y sus burlas de los santos, nada tenian las tias que reprocharle

Pero no era así ciertamente el ideal que Luisa acariciaba, y valia para ella cien veces mas Pedro, sencillo como era, valia mas con su elevacion de carácter y sus serias conversaciones, que el mequetrefe presumido por sus tias ponderado. Todavia recordaba ella aquel mes pasado en la estancia, en que, á pesar de los motivos que tenía para estar triste á causa de la enfermedad de la madre, fué para ella un mes casi feliz, y paréntesis breve á la vida frívola que hacian en Buenos Aires.

Y era esta la verdad. Por un momento, Luisa habia dejado de oir hablar de modas y novenas, de precios de géneros, y de dulces y confituras. Habíase sentido un instante levantada sobre las mezquindades de la vida diaria, y conversando con Diaz de serios asuntos, habia visto de pronto formarse todo su carácter, dulce pero firme, y adquirir ese modo juicioso de expresarse y esas maneras reposadas que tan simpática la hacian.

Las tias, cansadas de oir á la cuñada y á la sobrina, se retiraban á sus piezas temprano, y cuando las visitas no venian á alargar la velada, la señora tomaba su diario ó su libro, concluyendo al cabo por quedarse dormida cerca de la chimenea, cesando el balanceo de su cómodo sillon de brazos.

Luisa, pensativa, de codos sobre la mesa, quedábase largo rato entregada á sus pensamientos y sus recuerdos, oyendo el ruido del gas en los picos, y á lo lejos, perdidos y vagos, los rumores de las calles.

III

D. Lino se habia detenido mas tiempo en el cam po aquella vez, y muchos dias despues del 9 de Julio, aparecióse por su casa una noche, con su balija en la mano y la ancha boa de vicuña al cuello. Corrió Paquito el primero á su encuentro, pidiéndole en su media lengua noticias de la estancia y de Pedro; pero el estanciero venia dispuesto á hablar poco de este asunto, porque en seguida de contestar á las primeras preguntas de su esposa,

manifestó mas deseos de recibir noticias que de darlas.

Jiró los ojos en torno, y como no viese á sus hijos, preguntó por ellas.

—Salieron con su tia Manuela, contestó la señora; no deben tardar, pues han ido solamente hasta «La Ciudad de Lóndres» por unos géneros.

Tomó silencioso el mate que le traía la chinita, mientras la señora aprovechando su silencio, empezó á reconvenirle por su demora en escribir.

Escusóse D. Lino con la falta de tiempo para hacerlo; volviendo luego á su preocupacion, hasta hizo á un lado á Paquito que lo molestaba con preguntas, y continuó sorbiendo uno tras otros los mates, maquinalmente y como molesto por alguna oculta idea que pugnara por revelarse.

Misia Elena, columpiándose en su sillon, guardaba silencio tambien, mirando distraida los rojos carbones de la chimenea y esperando tal vez que D. Lino la dijese lo que tuviera que decirla.

Tomó por fin el estanciero su duodécimo mate, y despues de sorberle con avidez haciéndole sonar varias veces, lo devolvió, diciendo que no queria

mas, mientras brillaba una chispa de contento en los ojos de la chicuela cebadora.

D. Lino en seguida, acercando una silla junto á la de su esposa, se sentó.

—Si supieras lo que pasa, le dijo frunciendo el ceño, no te hubiese estrañado mi demora, ni me preguntarias con tanto interés por Pedro.

Y luego, sin dejar que misia Elena volviese de su sorpresa, continuó:

—Yo creo que son vds. con sus zalamerias, las que le han perdido. El muchacho se habia empeñado en venirse á Buenos Aires, y trabajo me ha costado contenerle.

Y en qué circunstancias! Cuando me están saqueando los puesteros con sus despilfarros, y hasta las panzas de grasa me sisan cuanto me descuido. D. Alejo, el capataz, es un viejo infeliz que no me sirve para nada, y si no fuese porque en la estancia han nacido sus hijas, y su mujer es trabajadora y cuidadosa, ya me hubiese buscado otro. Tendré que regresar la entrante semana por que ya veo que no me puedo descuidar un solo dia. Para mas trabajos, una parte del campo, del lado de «Las Tablas», se llena de agua cuanto llueve un poco, y el

mejor dia voy á encontrarme con que las ovejas se están ahogando allí y no hay ojos que lo vean.

Misia Elena callaba, porque sabia que la mitad era exageracion de Velasquez, que vivia en eterna zozobra por sus intereses.

—No es esto solo, siguió D. Lino; como si todo se conjurase en contra mia, Pedro empieza á revelarse aunque no ostensiblemente contra mi autoridad, y se permite discutirme cosas que antes se guardaba de hacerlo.

Tocando el punto de Pedro Diaz, misia Elena no callaba yá. Estaba al momento dispuesto á su defensa, y sabia muy bien que la razon estaba siempre de su parte, lo que le daba un tono firme y convincente, contra el que todo el utilitarismo de D. Lino y sus argucias en pró se estrellaban sin lograr un solo palmo de ventaja.

—Tendrá razon, Lino, para discutirte; demasiado tolerante es, y tú le pides mas de lo posible algunas veces. Y luego misia Elena se estendió en largas consideraciones sobre el carácter de Pedro y las exigencias de Velasquez. No debia ni por un momento dudarse de su buena voluntad, del gran cariño que á ellas tenia y al que ellas por su parte de

todo corazon correspondian, habiendo sabido apreciar las prendas de Pedro; no habia ningun derecho para abusar de su bondad y delicadeza y Don Lino hacia mal en exigirle ciertas cosas que importaban un sacrificio y que el muchacho sin embargo no discutia. Era injusto negarle unos dias para que pasease en la ciudad; ella no comprendia cómo Pedro habia podido sufrir este tiránico rigor, que á todo el mundo asombraria.

Velasquez finalizaba estas polémicas con las frases de costumbre cuando con su mujer discutia:

—Eres una rematada tonta! Hablas por hablar y ni sabes lo que dices. Y tomando los diarios, leia estrujándolos sin admitir una palabra mas, ó bien se lanzaba á la calle rabioso y cegi-junto.

Pero ahora el caso variaba. D. Lino habia comprendido que el español Gonzalez se inmiscuía en las relaciones que entre él y Pedro mediaban, y que era tal vez á su influencia que obedecian ciertas observaciones del muchacho; y como aparte de no reconocerle derecho para esto, le perjudicaba enormemente semejante conducta, habia tenido con él una seria cuestion, rompiendo con todas las consideraciones que hasta entónces le mereciera.

Gonzalez habia podido apreciar ahora completamente el carácter del mesurado D. Lino, aunque no se sorprendió pues lo tenia juzgado hacia mucho tiempo. No por esto cesaron sus relaciones, pero reinaba entre ellos cierta frialdad, y como consecuencia, pesar por parte de D. Lino, de haberle hecho contrato por el campo que le arrendaba y donde habia establecido « Las Tablas ».

Tenia Gonzalez ganancias locas en sus negocios, las cuales no agradaban mucho á D. Lino que las hubiese querido para sí. ¡Con qué impaciencia esperaba el vencimiento de los cinco años del contrato, para hacerlo desalojar á Gonzalez é instalar sus negocios, siguiendo á su vez ó copiando mejor dicho, la marcha de Gonzalez, que venía observando hacia tiempo con envidia!

Despues de haberlo calado, como D. Lino decia, era que le pesaba de todo corazon haber entrado en tratos con este gallego intrigante, tan orgulloso y tan insolente, que no se acordaba de cuando vino de su tierra con los calzones remendados.

IV

Hablaba así D. Lino, mientras su esposa le escuchaba en silencio, como con desprecio, harta de estas pequeñeses que agriaban la vida íntima del estanciero y eran como la base de su carácter, semejante á esas aguas en apariencia limpias, que á la menor ajitacíon se tornan negras con todos los resabios que poco á poco se depositan en su fondo.

Seguía aun con el mismo asunto, molestándose con chismes que le llevaban, haciendo esfuerzos de inteligencia en aclarar nimiedades, cuando llegaron de la calle sus dos hijas, y mas atrás la tia Manuela con su gorra medio torcida, y jadeante aun con el apuro que las niñas le habian dado.

Tiraron sobre la mesa los paquetes que traían y fueron hácia su padre, con toda su gravedad y sencillez Luisa, y Clarita con toda su travesura y confianza:

—Jesus, papá! Si yo creía que ibas á quedarte todo el año en la estancia á cuidar las ovejas y esquilarlas. Y nada mas que por el gusto de no llevarnos á Colon este invierno, por no gas . . .



Un disimulado tironsito de misia Elena hizo que Clara no continuase su frase, mientras Luisa preguntaba á su padre por Pedro, y la tia hablaba con su cuñada, revolviendo paquetes y dando los precios pagados, haciendo comentarios y críticas sobre todo, y cortajeando sin piedad á una amiga que habia encontrado en la calle y á la cual prometiera visita.

Volvieron de nuevo á repetirse las idas y venidas de la chinita con el mate; Luisa sentada frente á D. Lino, conversaba con él de la estancia ô hacia de vez en cuando una observacion á Clara, que conversaba á gritos discutiendo sobre su vestido demasiado corto segun ella, demasiado largo segun Manuela. Se entablaban sobre esto diálogos breves y cortados á cada instante:

—No grites tanto, Clara, por Dios! . . .

—Si no quieres ensordecer, tápate los oidos, hermana! . . .

—Pero . . . .

—No se hablar de otro modo . . .

Luego el asunto variaba:

—¡Qué sabes tú, tia vieja del año 30! . . .

—Clara, respeta á tu tia. Modérate . . .

—Que no diga que es largo mi vestido.

—Quiero decir, Clarita, porque lo es . . . .

Y seguia la conversacion y el ruido del mate vaciado á cada momento, confundiéndose la voz chillona de Clara con la de flauta y cascada de su tia; á intervalos, como una nota suave, sobresalía la voz dulce de misia Elena y al acento reposado de su hija mayor, pero eran pronto apagadas por la de Clara ó la del estanciero.

Luego, en el rápido rodar de la conversacion, recordóse de nuevo la estancia, hablóse de otro tiempo y se comentó la conducta de Gonzalez; y la otra hermana de D. Lino, Narcisa, que habia venido á unir su voz á la de Manuela, consecuente con sus viejas ideas, espresóse en términos duros respecto á Gonzalez; concluyendo por pedir á D. Lino que le hiciere saber la distancia que mediaba entre un señor honorable y de buena familia como D. Lino Velasquez, y un gallegote guazo que no se sabia quién era.

Las espesas cejas de D. Lino se fruncian, como las de Júpiter, anunciando futuros rasgos de energía, y la mirada de sus ojos velados y opacos de embustero se tornaba por instantes sombria, al recuerdo del ultraje inferido á su dignidad. Pero como luego

quisiese atribuir á Pedro gran parte de la culpa por esta intromision de Gonzalez, la obligada defensora de ausentes como la llamaban sus cuñadas, que tenian por única profesion justamente lo contrario; misia Elena, en fin, habló otra vez largamente y como siempre interrumpida por Manuela y Narcisa, las cuales, quien sabe si por causa de su misma estrechez de ideas, solo á lo mezquino y á lo poco noble tendian; extraños conjuntos de miserias y prejuicios, que daban lástima y no ira cuando despacio se las miraba.

Como habia pasado para ellas la época de la vida en que las pasiones despiertan, en que se rie y se canta, se ama, se delira y se cometen locuras; todo lo encontraban censurable en la juventud, todo les chocaba, pareciéndoles insolencia la franca alegria y coqueteria la menor sonrisa de una niña á un galan. . . . . .

De las conversaciones de aquella noche, resultó un viaje de la familia á la estancia esa primavera viaje lleno de risueñas esperanzas para todos. Clara se prometia larguísimos paseos en las mañanas lindas y templadas, y mientras Luisa permanecia silenciosa, quien sabe por qué,—la madre recordaba

su antigua vida feliz y reposada en la estancia, siendo por otra parte conveniente para su enfermedad aquel viaje.

Por lo que respecta á D. Lino, como hacia tiempo que venia acariciando este proyecto de viaje, mirábalo por la faz económica y lo encontraba excelente, frotándose las manos satisfecho al dar las buenas noches á sus hermanas que se retiraban á sus dormitorios. En cuanto al hombre de la casa, el travieso Paquito, al dia siguiente, cuando supo la noticia del viaje saltó como nunca de alegria y el recuerdo de su petizo, *verdadero caballo*, le hizo olvidar sus juguetes y velocípedo.





CAPÍTULO V

En la Estancia

I

Estaba triste Luisa, cuando á la mañana siguiente de su llegada á la estancia, fué Clara alegre y juquetona á convidarla para un largo paseo, que tenia proyectado con su padre hasta lo del viejito Santana, uno de los mas antiguos puesteros del establecimiento. Accedió sin embargo á las reiteradas instancias de su hermana, y ámbas se instalaron en la volanta, que guiaba el mismo D. Lino, cortando luego el campo verde, aun humedecido por el rocio. Soplaba un ligero viento, que venia á juguetear con el flequillo de las niñas, las cuales á cada ins-

tante lo arreglaban bajo el ténue velo de seda que lo contenia sobre la frente.

A la derecha, miraban al sol levantarse resplandeciente, y bajo un cielo límpido, dispersarse las últimas brumas como humo ligero, mientras á la izquierda, brillaban los techos de zinc de «Las Tablas» y ondulaba como un mar el tono azulado de sus alfalfares florecidos.

Al frente, unos cuantos sauces agrupados, un rancho largo y bajo y un gran corral de lienzos de pino, del cual salía en tropel la majada, representaba en pintoresco conjunto el puesto de Santana, y llegaba ya hasta los paseantes el cacareo de las gallinas y el balido de los corderos.

D. Lino, que no daba puntada sin nudo, aprovechando el paseo, calculaba entre tanto que en el trecho de campo que mediaba entre lo de Santana y la estancia, podia muy bien soltarse otra majada, cuidando que Santana soltase la suya hácia el linde del campo, lo que haria que se aprovechase un poco de la propiedad del vecino.

Molestaba con estas cosas á sus hijas, que iban entretenidas con el paisaje; y ciego y sordo para todo lo que no fuesen sus negocios, ni se alegraba

con la animacion de Clara, ni paraba atencion en el silencio de Luisa.

Escapóse de pronto á Clara la pregunta que desde la noche anterior se hacia á cada momento Luisa, sin atreverse á espresarla en voz alta:

—¿Y Pedro? Que es de Pedro, que todavia no lo hemos visto? . . . Contesta, pues, papá. . . ¿No te extraña, Luisa, su ausencia?

Luisa permaneció silenciosa. D. Lino se volvió hácia Clara con naturalidad y le contestó:

—¡Pechs! No lo han visto todavia por que no está en la estancia. Lo mandé al 25 de Mayo, antes de ir á Buenos Aires á buscarlas, y pronto estará de vuelta.

Observando luego que sus hijas habian quedado como sorprendidas, Luisa mas triste y Clara silenciosa, aplicó un fuerte latigazo á los caballos, y volviéndose de nuevo á sus hijas, continuó:

—¿Pero qué diablos les ha dado á Vds. con Pedro? La madre, apenas llega, no hace mas que molerme con preguntas sobre él. Le doy explicaciones, la tranquilizo, y ahora tengo que hacer otro tanto con las hijas! Tambien temen vds. que me haya peleado con él y que no vuelva mas á poner lós piés en la

estancia? . . . Eso se querría el gallego Gonzalez, pero eso es lo que no conseguirá. Pedro es leal y sumiso, y me obedece. Lo he mandado al 25 por un negocio, y no es esta la primera vez que lo hago. ¿Hay algo de extraño en esto?

Pero se te ocurre justamente cuando nosotras veníamos, se atrevió á observar Luisa, y esto es una crueldad, papá, para con él y para con nosotros.

Soltó D. Lino la carcajada ante la observacion de Luisa, mientras ésta se daba vuelta contrariada, y largo rato le duró la hilaridad.

Reia Velasquez porque no comprendia á Luisa y esta cuestion de puro sentimiento le parecia harto ridícula. Para él, como ya se ha dicho, era letra muerta cuanto no fuesen sus intereses ó su valiosísima persona, y no daba trascendencia alguna á este viaje de Pedro Diaz, si no era del punto de vista de su negocio.

II

Llegaron á lo de Santana á tiempo que este se apresuraba á montar á caballo para salir al encuentro de su patron, cuyo carruaje habia divisado. El

buen viejo, á pesar de sus setenta y cinco, sabia aun mantenerse firme en el caballo, pero no era tan ágil para montar como en sus mocedades, cuando el estribo era para él un accesorio inútil que jamás usaba.

El inquieto caballo de su nieto, acostumbrado á salir disparando con el ginete no le habia permitido cumplir sus deseos, y disimulando mal su despecho por no habérsele sentado en el lomo y dominarle con un par de chirlos, volvióle á atar al paraiso que para tales usos servía, y dejóle allí en momentos que el carruaje penetraba en el patio.

Dos ó tres perros mal criados habian salido á ladrar furiosamente, lo que permitió al paisano desahogar su ira por la burla del caballo, descargando sobre ellos una lluvia de rebencazos que los pusieron en fuga, dando quejidos lastimeros.

Santana era alto y erguido como un jóven, y con su chiripá negro y su ligero saco de brin, pareciera de pronto un hombre de cincuenta años á lo sumo; pero su pelo largo, todo blanco, así como la barba, que usaba entera, y mas que todo, los surcos que los años y los trabajos habian dejado en su rostro revelaban á las claras su edad.



Fiel á su ley, usaba aun el ancho calzoncillo de fleco ó cribado, caido sobre la bota de potro que le acompañaba hacia largos años, y los recuerdos de sus buenos tiempos pasados se mezclaban á sus lamentaciones por los presentes, difíciles para el gaucho.

A él, como decia, habíasele pasado ya su tiempo, y mientras sus nietos cuidaban la majada, hacia vida de patriarca, tan sencilla como la primitiva, chupando su *cimarron* y pitando su cigarro negro,—junto al fuego del fogon en invierno, ó fuera, en el patio, en las mañanitas de la primavera.

Reposado y tranquilo, parecia que los años habian amoldado á ese viejo centauro, altivo y reconcentrado en otro tiempo; y semejante al viejo Viscacha del popular «Martin Fierro», tenía siempre en su boca consejos y máximas, sentencias profundas y filosóficas reflexiones.

En torno del fogon, mientras iban cortajeando las tiras de carne del asador, sus nietos escuchaban silenciosos sus preceptos ó se entretenian con sus cuentos y relaciones.

Así le habian oido la historia de la trágica muerte de su hijo mayor, á quien la bebida y el juego per-

dieran y rindiera la vida peleando en unas carreras. Asi la de su otro hijo, padre de sus nietos, caido en la vieja frontera bajo la lanza de un indio.

Mezclábanse en su memoria de viejo, á los recuerdos de San Martin y las últimas gloriosas campañas de la Independencia, que cuando niño oyó referir, los cuentos del Restaurador y la campaña de Lavalle, el sitio de Montevideo y la batalla de Caseros.

Aunque andariego en la juventud, su pago le habia atraido siempre, y las márgenes del Salado, con sus doscientas leguas de extension, desde el hoy partido de Junin hasta San Borombon, le habian visto muchas veces, jóven ó viejo, correrlas de aquí para allá, internándose audazmente tambien en los desiertos de la Pampa, dominios de Pincen y Calfucurá. Alguna vez habia llegado hasta el mismo Carhué, cuando era este un Eden misterioso, vedado á los cristianos, y tenia cuentos de indios y aventuras maravillosas que hacian abrir los ojos atónitos á sus nietos.

III

Luisa, que fué la primera en bajar, tendió su mano á Santana, estrechándosela con cariño, mientras el paisano, todo encogido ante aquella hermosa señorita tan bien vestida, se empeñaba en recobrar el antiguo tono cariñoso y confiado, con que trataba antes á Luisa.

Clara habia saltado tambien del carruaje y D. Lino ataba las riendas al pescante, recomendando el cuidado de los caballos á un muchachon, nieto de Santana, que abria la boca mirando á las niñas.

Petrona, la madre, corría entre tanto á obsequiarlas y sacaba banquitos al patio para que se sentasen; otra chicuela de la familia venia ya con el mate amargo para D. Lino, y eran todo exclamaciones Petrona y su suegro, ante las muchachas tan crecidas y tan bonitas.

Habian recobrado su familiaridad de antiguos servidores, y el viejo soltaba su lengua evocando pasadas escenas en que el nombre de Pedro Diaz sonaba muchas veces. Santana habia visto nacer á los padres de Diaz, fué puestero de su establecimiento

muchos años y los habia acompañado hasta sus últimos momentos. Queria al presente al hijo, tanto como los quisiera á ellos, y para Santana, en muchas leguas á la redonda no habia mozo mas cumplido que Pedro Diaz.

Luisa, complacida, con los ojos húmedos y el corazon dulcemente agitado, dejábalo hablar sin interrupcion, y Clara, de ordinario movible y saltarina, se recostaba en el hombro de su hermana y oía tambien atentamente el palabreo de Santana. Iba y venia entre tanto el mate, y respetuosamente atendido por Petrona, hablaba D. Lino de la última esquila, explicándole tambien su proyecto de soltar otra majada que confiaría á alguno de sus hijos.

IV

Se hallaban en estos asuntos, cuando dos ginetes que aparecieron de pronto sobre la loma cercana, llamaron la atencion de Clara que los hizo observar á Luisa. Seguian al galope de sus fatigados caballos, en direccion de «Las Tablas» y pasaban á pocas cuadras del puesto. La vista ejercitada de Petrona los conoció al momento.



—Es D. Pedro, dijo, y el otro D. Gonzalez, *el pulpero.*

Clara, alborotada al oir que era Pedro, saltó de gozo, y como interpretando tambien el ardiente deseo de Luisa que no apartaba sus ojos de los ginetes, corrió al muchachon que cuidaba los caballos, diciéndole:

—Pronto, pronto! Alcánzalos y diles que vengan, que aquí estamos . . . Pronto!

Rápido el muchacho, habia saltado sobre su caballo sin esperar á que Clara terminara, y corria ya como una exhalacion, saltando por entre las zanjas de un antiguo potrero, mientras Luisa se tapaba los ojos asustada, ante esta desenfrenada carrera.

—Que muchacho! . . . que muchacho! decia solamente la madre, con esa tonadita especial de nuestra campaña, y moviendo la cabeza,—mientras Santana, por esa tendencia natural en los viejos, aprovechaba la ocasion para recordar sus travesuras de la niñez.

—Asi era yo . . . igualito! Una ocasion, me acuerdo, era tan alto así, y un paisano habia llegado en un caballito nuevo, de riendas recien, duro de boca y disparador. Lo ató á un poste, y cuanto se

dió vuelta para las casas, ya me le subí encima al pingo. Ni sé cómo subí, pero salió como luz el caballito, y vea, Da. Luisita, asi mismo, como dos cuadras le aguanté! Pero despues me tiró entre un monton de tierra, y ahi quedé, con perdon de vd., pataleando.

Velasquez habia arrugado el ceño al oir que uno de los ginetes era Gonzalez y le chocaba el entusiasmo de las muchachas por la venida de Diaz. Se preguntaba cómo era posible que estuviese ya de regreso, cuando Petrona, como respondiéndole, púsose á contar á Luisa la amistad de Gonzalez y Pedro, y cómo, el primero, al saber aunque tarde que la familia llegaba, habia montado á caballo el sábado, jurando que el lúnes estaria de vuelta con Pedro, y hélo ahí, que habia cumplido su juramento.

Habia de este modo satisfecho los deseos de Pedro que le habia pedido le avisase la llegada de la familia, y Petrona elogió con este motivo á Gonzalez que no habia vacilado en ir él mismo hasta el 25 de Mayo, por cumplir con su amigo. Habló despues de los negocios que emprendia, y de lo desinteresado y generoso que era cuando el caso llegaba.

El buen Santana callaba afirmando con la cabeza y D. Lino sorbia su mate chupando á la vez el negro cigarrillo, indiferente á todo otro asunto en apariencia. Un poco separada del grupo, Clara, de pié en el borde alto de la zanja, se destacaba sobre el cielo límpido, con su vestido claro bien entallado y su pelo castaño medio suelto sobre la espalda.

Seguia con la vista los movimientos de los ginetes, á los cuales habia llegado ya el muchacho. Viólos vacilar un momento, separarse uno de ellos, Gonzalez tal vez, del grupo, volviéndose luego á las repetidas señas del otro, y los tres galopar en seguida hácia el puesto, dejando uno de ellos bien pronto atrás á los otros.

Volvióse Clara ligera hácia su hermana, diciendo que llegaban, cuando ya Pedro penetraba al galope por entre los sauces, y sofrenando violentamente su caballo, á menos de diez pasos del grupo, se desmontaba de un salto, corriendo con su fisonomía abierta, llena de luz, hácia los que á su encuentro salian.

—Luisa!

—Pedro!

Pero ambos se habian puesto de pronto encendi-

dos y turbados y á penas á darse las manos atinaron; en tanto que Clara, mas niña y sin vacilaciones, se colgaba del cuello de Pedro.

Pasado ese primer momento, y cuando Gonzalez llegó, saludando con desembarazo pero cariñosamente á las hermanas y al mismo D. Lino, hízose general la animada conversacion, y los circunstantes, empezando por el estanciero que cuando lo queria era alegre y bromista, rieron del entusiasmo de Clara y la embromaron por sus abrazos á Pedro. Alguno se aventuró á decir que lo habia besado y esto bastó para que las bromas aumentaran.

Clara, toda colorada, en vano protestaba lo contrario. Pedro se sonreia y callaba; ó se volvia á Luisa con cuyos ojos á cada instante se encontraba, y trataban en vano los dos de dominar esta confusion que los invadía cada vez que se miraban.

Despues Pedro preguntó por misia Elena, y como en eso llegara Paquito en su petizo acompañado de Pascual, tuvo un pretesto para dejar su asiento, y corriendo á abrazar al chiquilin pudo un momento recobrar su serenidad.

Gonzalez, que todo lo observaba, empezaba á sospechar cuáles eran los verdaderos lazos que ata-

ban mas fuertemente á Pedro en la estancia, y le miraba de cuando en cuando maliciosamente y complacido.

—Diablo! Qué bonita es la chica! se decia, y parece que lo estima al muchacho. Observaba al mismo tiempo á la otra hermanita que, á pesar de sus recien cumplidos quince años, era ya bastante desarrollada y tan bonita como Luisa.





CAPÍTULO VI

Drama

I

—Ah, pillastre! le habia dicho Gonzalez â Pedro, cuando ocho dias despues le tuvo á su alcance en «Las Tablas», ¿con que te gustaba la chica, eh?

Pedro se habia puesto colorado, callando como un mudo ante esta salida, y la conversacion no pudo pasar á mas por la brusca llegada de D. Lino, que indudablemente habia oido la observacion de Gonzalez.

Tenia Velasquez no se sabe qué motivos, para tratar de que Pedro y Gonzalez no conversaban á solas largamente, despues de aquel dia en que se encontraron en el puesto de Santana, y habia sali-



do detrás de Pedro, suponiendo con razon que iria para «Las Tablas».

El queria antes hablar con Gonzalez y hablar tambien á solas con Diaz; buscaba tal vez la ruptura de esta estrecha amistad, ó tal vez solamente ponerlos en guardia el uno contra el otro.

Gonzalez se habia vuelto á D. Lino y lo miraba fijamente, mientras éste aparentaba una absoluta indiferencia. Díjole que venia en busca de varios artículos que hacian falta en su casa, y así como si lo tomase de improviso la presencia de Pedro, se encaró con éste.

—Hombre! le dijo, tú estabas por aquí! Si hubiera sabido que venias á «Las Tablas», te habria encargado lo que necesitaba y me hubiese ahorrado el galopito. He aquí lo que resulta de que no tengan siquiera la atencion de decirle á uno: Voy á tal parte, ¿se le ofrece algo?

Iba Pedro á responderle, tal vez á escusarse; pero D. Lino se habia dado vuelta entrándose por el almacen y llamando al mismo tiempo á Gonzalez, con aquel modo amable que afectaba cuando le convenia.

II

Diaz, temblando todavia de que D. Lino hubiese oido las palabras de Gonzalez, habíase quedado en la pieza de éste, hojeando libros distraidamente y pensando al mismo tiempo en Luisa, aun dominado por aquella primera impresion que su presencia le produjera.

Creia ver aun fijos en él, aquellos dos ojos tan serenos y tan dulces, que con el mismo cariño de otro tiempo lo acariciaban; aspiraba aquel olor suave de sus vestidos de muchacha elegante de Buenos Aires y sentia aun el roce de aquella mano blanca y delicada que toda temblorosa estrechara la suya. A la vez se sentia presa de una inmensa desconfianza, y se miraba tan vulgar, tan campesino, que temblaba de que fuese á adivinar ella aquel amor que lo dominaba, asustándose de sus absurdas pretensiones, cuando sus locos pensamientos, yendo y viniendo sin tregua, le ponian de manifiesto un instante aquella faz querida y aquella distincion de toda su persona.

Cuando ella estaba lejos y cuando él era mas jó-

ven, acariciaba esa idea de Luisa como un sueño rosado, mirándola á través de la gasa azulada de la distancia, que la daba esa misma vaguedad de contornos de todas aquellas mujeres ideales, cuyos nombres leyera, Beatriz y Eloisa, Ofelia ó Margarita, amadas célebres ó creaciones de poetas. Allá, en ese mundo de sueños en que sabía vivir con sus lecturas de románticos dramas y novelas, se alzaba sin trabajo hasta la altura de Luisa; y á través de esos renglones fugaces de las cartas de familia, en que se mandan recuerdos y cariños con las frases de rigor, aquella lipemania que era como el fondo de su carácter reconcentrado, no habia hallado hasta entónces una justa causa de alarma en ese amor latente, que despertaba â su hora; ni jamás el câlculo ó un llamamiento de los sentidos, habia turbado un instante la serenidad de ese puro cariño.

Mas ahora, que acababa de verla cerca de él, de cuán distinta manera pensaba! Ahora la realidad lo deslumbraba, y al mismo tiempo, la creencia de que Luisa no podia amarle ni fijarse en él, echaba por tierra todos sus sueños y era el tormento de sus horas.

¿Por qué, si le conservase aun aquel afecto de otro

tiempo, no habia buscado desde el primer instante su compañia? Antes, conversaban muchas horas, y franca, ingenuamente le mostraba su corazon y le hacia ver su cariño para él. Ahora, esquivaba muchas veces sus miradas, rehuía su trato, afectaba una completa indiferencia

Pedro, á su vez, no se daba exacta cuenta de sus actos, y sin saber por qué, huía él tambien de Luisa ó se hallaba todo encogido en su presencia. Solo en las horas del almuerzo y la comida la veía, y si de noche se reunian algunas veces en el comedor á conversar, era con su madrina solamente con quien hablaba, feliz sin embargo de sentir á Luisa tan cerca de él, sentada á la mesa leyendo algun libro, silenciosa y recogida.

Clara era la única que sabia romper aquel hielo, mezclando alegre y confiada las conversaciones de todos y haciendo de cuando en cuando latir de prisa con sus bromas, aquellos dos corazones alarmados. Pero la tirantez no desaparecia, y Pedro se sentía violento y como extraño en aquella casa, donde, sin embargo, habia pasado toda su vida.

Temprano, aun sin tener ocupacion alguna que lo requiriese, ensillaba su caballo y se lanzaba al

campo, corriendo sin rumbo de aquí para allá. Se hundia en la inmensa extension, y cuando su fatigado caballo rendíase exhausto en la desordenada carrera, volvía al tranco, la cabeza inclinada sobre el pecho y suelta la rienda sobre el cuello del animal.

Así, hinchado el pecho y ansioso de confiarse á alguien, habia venido á «Las Tablas» despues de vacilar muchos dias. Venia á buscar consejos, á hablar de lo que tanto tiempo habia callado, cuando D. Lino, llegado oportunamente, acababa de llenar de nuevas incertidumbres su corazon.

III

Estaba aun Pedro allí, inquieto y temeroso, cuando D. Lino regresó con Gonzalez, regateando sobre el precio de varios artículos comprados, y queriendo sacarle ventaja hasta en el monto total de la cuenta, casi mendigando el pico que quedaba.

—Vamos, hombre, ¡que diablos! no sea así; cóbrese la cantidad redonda y nada mas.

—Pero, mire D. Lino, le aseguro que pierdo plata en casi todo. Le doy á vd. la mayor parte al costo y . . . .



—No embrome, mi amigo, ¡que ha de perder! Rebaje no mas y ponga ceros . . . Un marchante viejo, amigo!

Gonzalez fastidiado accedió, y por respeto á sí mismo no dijo á D. Lino que le hacia una limosna. Perdia dinero en efecto; pero era así el estanciero, siempre dispuesto á aprovecharse de la delicadeza de los demás.

Conseguido su objeto ya no tenia Velasquez porque detenerse mas tiempo si no era para llevarse á Pedro, por lo cual se volvió á éste diciéndole: Vamos. Pero Gonzalez, poniendo la mano sobre el hombro de Pedro, le dijo:

—No puede ir, está embargado. Vino á quedarse á almorzar conmigo. . . . ¿Quiere vd. hacernos compañia?

—De buena gana, contestó el estanciero, pero me esperan en casa.

Molesto por este nuevo inconveniente, vaciló un momento, pero luego se encaró con Gonzalez:

—Hombre! lo que vd. puede hacer es venirse con noostros á la estancia á comer. Está vd. grueeso; monte á caballo, qule ha de hacer bien el galopito.

Encantó á Gonzalez la nunca vista liberalidad de D. Lino, pero así mismo, tardó en aceptar escusándose con las atenciones de su negocio. Al fin accedió, recordando las amables criaturas que allá encontraría, y con las cuales habia conversado dos ó tres veces.

Cruzaron bien pronto los tres, al galope de sus caballos, en direccion de la estancia vecina.

IV

Alegre fué el almuerzo á pesar de la seriedad de Luisa y el silencio de Pedro. Clara, risueña y espansiva, bastaba y sobraba para animarlo, y por encima del ruido de loza y cristales, sobresalian sus carcajadas y sus dichos picantes.

¡Cosa estraña! Gonzalez, el hombre frio y medido delante de señoras, habia simpatizado con aquella chicuela y se sentia involuntariamente entre sus redes, riendo con ella y embromando. Al principio, en las pocas veces que la hablara, solo le habia hecho gracia su viveza y donaire, y conversando con misia Elena en ese tono mesurado y serio que la

distinguía, nada mas que tres ó cuatro palabras cambiara con Clara. Despues, poco á poco, y especialmente en aquel almuerzo, habia prestado mas atencion á sns conversaciones concluyendo por rendírsele á discrecion sin darse mucha cuenta de ello.

Concluido el almuerzo, salieron á los corredores á fumar. D. Lino no tenia habanos, pues no entraba en sus gastos ese regalo, pero Gonzalez, rumboso y buen fumador, los tenia para su uso particular en su casa, y no habia olvidado poner unos cuantos en su cigarrera blanca de paja.

Al humo aromático de los *Murias*, conversaban los tres, paseándose por los corredores, cuando Clara se acercó trayéndoles café en una bandeja, y luego una de las hijas del capataz les llevó sillas y una pequeña mesita por órden de misia Elena, que habia venido á reunirse con ellos.

Era la hora de la siesta, pero de uno de esos dias nublados que el Pampero refresca, y en que el rumor de los árboles y el arrullo de la torcaza, son música grata que adormece dulcemente, mientras parece que se siente mas fuerza de vida y mayor amplitud de pensamiento.

En medio de la naturaleza, exhuberante bajo el sol de Noviembre, corre la sangre ligera y caliente, y adquiere mas brillo la mirada y la voz mas flexibles modulaciones. ¡Cuanta luz habia en la mirada de Clara y cuanta travesura y animacion en su fisonomia! Oíanse sus risas sonoras, y las carcajadas de Gonzalez y D. Lino haciéndole coro, hasta en el otro extremo del edificio, en la cosina de los peones, donde estaba Da. Rosa, la mujer del capataz.

—¡Que Clarita esta! Que Clarita! decia solamentè la buena paisana siguiendo sus quehaceres, mientras su marido, puesto en cuclillas junto al fuego, encendia en un tizon su tosco cigarro de hoja, meneando la cabeza á cada nueva carcajada.

Pero á Diaz le hacia mal esta alegria. Estaba triste, inquieto, nervioso. Luisa no estaba allí tampoco con ellos. Creíanla en el comedor, leyendo á la sombra de las celocias, ó acaso tendida en un sillon, pensativa como á veces la veían, hundiendo su mirada por la ventana en la vasta extension, como ansiando confundirse con ella.

Para Pedro, y tal vez para misia Elena misma que á veces observaba atentamente á su hija, aquella distraccion provenía de algo que habia dejado

en Buenos Aires. La imaginacion de Pedro, corría en ciertos momentos por aquella ciudad en que solo quince dias habia estado, y creía ver alguien que rondaba incesante la casa solitaria de Luisa. La amaba tanto á ella, que cuando en esto pensaba, hasta creia sentir un misterioso respeto por aquella persona, casi sagrada para él porque Luisa la amaba; pero, á la vez, un indefinible dolor parecia estrujarle el corazon, y solo, en medio del campo, hubiese llorado y jemido, como por la muerte del mas querido ser.

V

Fuése poco á poco separando del animado grupo, y se internó entre los árboles de la quinta, escuchando los aleteos de los pájaros y el rozamiento de las hojas.

De pronto se encontró con Luisa! Allí estaba! Sola, triste, parada al borde de la zanja y mirando hácia el campo como siempre!

Sintió Pedro mas que nunca el dolor de su herida. Clavó en Luisa una larga y desesperada mirada y dábase vuelta para huir, cuando sintiendo algo mas

fuerte que su voluntad, lanzó un ronco jemido, llevando su mano á la frente.

Luisa dió vuelta y se puso pálida al encontrarse con la mirada de Pedro. Por largo rato quedaron en silencio y alejados, mirándose siempre; pero habia tanta pena comprimida, tanto amor en aquellas miradas de ámbos, que conmovidos, con los ojos húmedos, sintiendo latir muy alto sus corazones, halláronse de pronto abrazados estrechamente, lanzando un sordo grito inarticulado.

Parecian querer fundirse el uno en el otro. Ni una palabra dijéronse, y así, sin moverse, permanenecieron larguísimo rato, como envueltos en ligaduras de acero cada vez mas estrechas. Habian cerrado los ojos, y luego los labios insaciables se chocaron una y mil veces. Larguísimos besos callados y suspiros ahogados, que eran el estallido de tantos años de amor silencioso!

Flaqueaban las rodillas de Luisa y temblaba toda ella, estremecida como una cuerda vibrante, cuando oyóse ruido entre los árboles y mas lejos la voz de Clara.

—Por aquí, mamá, sígueme. . . .

Y luego á Gonzalez llamando en voz muy alta á D. Lino.

De pronto aparecióse D. Lino ante Luisa y Pedro, y aunque la cólera lo dejó un momento mudo, corrió hácia ámbos, rompiendo atropelladamente las ramas que le estorbaban.

—Luisa! exclamó, y tú, Pedro! . . .

Pedro se habia separado violentamente de Luisa permaneciendo inmóvil y mudo, agoviado bajo la montaña de su culpa. D. Lino rechinando los dientes, habia querido lanzarse hácia él, pero luego, reaccionando, le hizo señas enérgicas de que se marchara.

—Pronto, canalla, pronto, que llega Gonzalez, pronto!

Pedro se arrojó á la zanja profunda, y corrió por ella, volviendo á cada instante la cabeza y mesándose el pelo desesperadamente, mientras que Luisa, juntando sus manos, se volvía á su padre con las lágrimas en los ojos.

—Oh, papá! Te juro que ha sido casual. Perdon! . . Recien llegaba, recien. . . .

—Lo sé, lo sé bien! Te ví pasar . . . . lo ví despues á él; pero al pronto no se me ocurrió que



podian encontrarse. Cuando lo pensé, corrí . . . . Bien me lo sospechaba yó hace dias, á pesar de tu madre, pobre ciega que nada vé, que nada comprende. . . . Oh! el miserable! el ingrato!

—Perdónalo, papá, te juro que ha sido casual, te juro, ... si. . . .

—Calla!

—Yo lo amo!

—Silencio! . . . Que ahí llegan! . . .

—Ah! hé aquí el sitio, dijo Clara, entrando bajo la sombra del coposo sauce que allí mismo se alzaba. Venian mas atrás misia Elena y Gonzalez, y Luisa dióse vuelta todavia llorosa, mirando hácia el campo para disimularlo.

—¿Que ha pasado aquí? . . . es lo único que se dijo Gonzalez, cuyos ojos de lince acababan de ver á Pedro allá lejos, corriendo á pié, como desesperado, hácia su casa de negocio.





CAPITULO VII

De regreso

I

Sorpresa y no poca causó á toda la gente de la estancia, la brusca resolucion de Velasquez y la prisa que se daba la familia para arreglar su equipaje, y regresar á la ciudad en pleno Diciembre, cuando el campo estaba mas hermoso y el cielo mas fúlgido.

Era tal la prisa de Velasquez, que hubiesen partido ya, si misia Elena, atacada de su enfermedad al corazon despues de un disgusto con su esposo, no necesitara varios dias de reposo y tranquilidad. Así mismo, se dispuso el viaje para fin de la semana.

Murmuraban de todo esto, allá en sus cuartos, la mujer y las hijas del capataz, y hacian comentarios sobre la desaparicion de Pedro y otros misterios; mientras Luisa encerrada en la pieza de su madre, de nadie dejábase ver, y Clara andaba por toda la casa, como una persona extraña, sin atreverse á preguntar lo que pasaba.

Pero D. Lino dió por fin una noche sus órdenes á Pascual para tener lista la volanta, y al dia siguiente bien temprano cuando el sol empezaba á levantarse, los caballos arrancaban al trote largo con rumbo á N. . . .

El campo, mas bello que nunca, mas verde y risueño, tendía su inmensa superficie plana, y á nivel con el límite de la llanura, lanzaba el sol sus horizontales rayos, dorando los tronquitos de los pastos y brillando entre las hojas del trévol y la gramilla.

Blancas bandadas de patos alzaban el vuelo de entre los ralos juncos de la laguna, y mientras erguían las garzas sus largos pescuezos, blanqueaban sobre la falda de la loma las gaviotas y cigüeñas.

Cruzaban el camino ó llegaban de la distancia las puntas de hacienda, con paso perezoso y tardío, y mezclado con los ladridos de los perros y los

gritos de los peones que paraban rodeo, llegaban hasta los viajeros los mujidos de los toros y los relinchos salvajes de los potros. . . .

Y era preciso abandonar todo esto! Clara se sentia triste al dar su despedida á los campos risueños, á las flores de la estancia, á las madrugadas serenitas en que iba á tomar leche al pié de la vaca y á corretear luego con las muchachas del capataz por los corrales y los sauces del potrero.

Paquito entre tanto, volvíase de cuando en cuando hácia algun grupo de árboles que se dibujaba cercano, y señalando con su índice, demostraba sus conocimientos topográficos, repitiendo el nombre del puesto que señalaba ó recordando sus buenas relaciones con los puesteros.

Importunaba á su padre con indiscretas preguntas que aumentaban aún mas el embarazo y el silencio de todos; pero aunque hablando él solo, mientras Clara, avisada y perspicaz, se daba al fin exacta cuenta de la situacion, y discretamente se abstenia de preguntar, Paquito, inocentemente, iba desenvolviendo los hilos de aquella madeja, no sin que su padre lo hiciera callar con imperiosos gestos.

En vano misia Elena trataba algunas veces de ha-

cer hablar á Luisa. Esta, encerrada en su silenciosa y triste indiferencia, solo con monosílabos contestaba, en tanto que D. Lino daba señales frecuentes de impaciencia.

Con esta misma tirantez y silencio llegaron á N . . . y se embarcaron en el tren, escusando lo mas posible toda conversacion con las personas conocidas que iban en él. Para todos, la causa ostensible de tan pronto regreso era la enfermedad de misia Elena. Ella misma así lo aseguraba, y con sonrisa de tristeza se lamentaba ante los que se acercaban á saludarla, de que su falta de salud, privara á sus hijas de gozar mas tiempo de la buena estacion en el campo.

II

Tarde ya, por un retraso del tren, llegaron á su casa, cuando las tias viejas daban órdenes de apagar el gas del zaguan, y la pesada puerta de cedro crugia en sus gonces, empujada por el viejo gallego que servia á D. Lino de portero y de mucamo.

Las numerosas vidrieras de tiendas y demas ne-

gocios se cerraban, y la calle de Artes casi sola ya, se proyectaba al norte y al sud, angosta y medio oscura, con sus escasos faroles en zig-zag, y cruzada á trechos por los claros de luz de los negocios aún abiertos.

Poco á poco fuéronse apagando los rumores de la ciudad; los últimos tramways pasaron y se oyeron los golpes postreros de puertas que se cerraban, mientras sonaban los pitos de los vigilantes y oíanse los tacos de algun transeunte retardado ó de alegre comitiva de jóvenes que pasaba.

Luisa, sentada al borde de su cama, á pesar del cansancio del viaje, permanecía desvelada en aquella casa que era para ella tan fria y tan triste! Tenía su pieza una ancha ventana que habia entornado por el calor, y la noche clara de luna, y el ruido de hojas de los dos ó tres árboles del patio, la retenian como suspensa, perdida con el pensamiento muy lejos de su pieza.

Pasaban ante sus ojos á cada instante las mismas escenas. El puesto de Santana, la llegada de Pedro y Gonzalez, y aquella hora inefable en que habia sabido que era querida, tierna y respetuosamente querida. Luego la figura de Velasquez, ame-

nazadora é irritada se aparecia. Sordo á toda razon, implacable é inflexible, su padre la habia arrancado á su amor, y la traía muy lejos de él para que olvidase semejante locura.

De nada habia podido convencerlo, porque de nada queria convencerse. Pedro Diaz era un infame, un pillo y un ingrato. Habia abusado miserablemente de la confianza que se le dispensaba, y obedeciendo sin duda á los consejos del gallego Gonzalez, habia faltado á todo respeto y á toda consideracion. Reía con la incrédula risa del que es incapaz de toda virtud, cuando Luisa le juraba que jamás Pedro le habia dicho una palabra. Imposible! No comprendia que Luisa pudiera amarle sin que Diaz hubiera empleado mil artificiosas y pérfidas seducciones, y en cuanto á éste, no queria á Luisa, nó; queria lo que pudiese heredar, queria la estancia, las vacas y ovejas de su padre.

Pensaba Diaz, que por que sus padres le habian dejado una mezquina herencia, ya tenia derecho á reclamar el cielo y la tierra, y que sin duda él, D. Lino Velasquez, un hombre honrado y digno, respetado y conocido, habia de tener necesidad de darle la mano de su hija mayor, una señorita de la pri-

mera sociedad, para evitarse el trabajo de rendirle cuentas de un pedazo de campo y unos cuantos animales. Nada mas queria saber con Pedro. Si era preciso, ante los tribunales le entregaria sus cosas, á la luz del día, para que todos juzgasen su rectitud, y que Diaz se olvidase para siempre de que habia una familia de D. Lino Velasquez en el mundo. . . .

Todo pasaba por la imaginacion de Luisa en revuelto tropel. Todo esto se lo habia repetido su padre cien veces desde aquel dia fatal, y veía ya cercano el momento en que una ancha barrera la separase de Pedro para siempre. Misia Elena misma habia callado ya en sus defensas de Pedro y de Luisa. Se sentia interiormente indignada y apuraba tambien á su esposo para que rindiese sus cuentas á Diaz. Queria que terminase de una vez aquel usufructo indebido de unos bienes que desde mucho antes debieron entregarse, sino se hubiese opuesto la indolencia aparente de D. Lino y la excesiva delicadeza de su ahijado.

Luisa no podia pues, esperar nada de su madre, mientras existiese de por medio todo esto; y las fuertes discusiones que cada dia se hacian mas agrias entre D. Lino y su esposa por estos asuntos, la obli-



gaban á callar para tranquilidad de la pobre señora que era la que siempre sacaba la peor parte, enferma y delicada como estaba.

III

De pronto, Luisa dió vuelta la cabeza rápidamente. Clara, que dormia en la misma pieza, se habia sentado en su cama y la arrancaba bruscamente con su voz cariñosa, al mundo de tristísimas reflexiones en que empezaba á sumerjirse.

La vela de estearina que ardia sobre la mesa de luz, se hallaba casi totalmente consumida en su azul palmatoria de porcelana, y allá, en la sombra, en un ángulo de la pieza, Clara con su pelo castaño medio suelto y el rizado flequillo deshecho por la almohada, se destacaba blanca, con sus grandes ojos garzos fijos en Luisa.

—Luisa, repitió, todavia despierta! . . . ¿Porque no te acuestas? Debe ser muy tarde.

Luisa, abandonando el borde de su cama fué á sentarse en la de Clara, y esquivando su fija mirada le contestó:

—No tengo sueño ¿y tú?

—No sé lo que tengo, Luisa. Jamás me hé desvelado. Pero esta noche no puedo dormir. Hé estado un larguísimo rato muy quieta y encogida, con los ojos cerrados, y nada he conseguido. Recordaba la estancia á cada instante. Aun me parecía estar allá, y á veces creia soñar. No puedo esplicarte todo esto, pero creo que la causa es este viaje tan precipitado, y . . . justamente, cuando estaba mas contenta! . . . Mira, Luisa, creo que extraño aquella vida de la estancia, que echo de menos muchísimas cosas. . . . Y luego, que ni hemos podido despedirnos de nadie! Ni del pobre viejito Santana, ni de su nuera, ni. . . . ¿Verdad, Luisa, que es así? No extrañas tú tambien la estancia? No estás triste por eso, Luisa, como yo. . . ?

Hablaba precipitadamente, febril y agitada, y Luisa á su última pregunta, contestó ligera y secamente que nó. Quedaron luego las dos silenciosas y recogidas. Clara, aquella criatura nerviosa y movible, casi siempre alegre, y Luisa, de grave y reflexivo carácter, reposada y circunspecta.

Oíase apenas el ténue arrullo de sus respiraciones contenidas, y leves y apagados rumores externos que morian á lo lejos; el paso de la sangre

por las arterias y el latido desigual de sus corazones intranquilos, llegaba claro y preciso á los oidos de ámbas, y sus miradas, temerosas de encontrarse, erraban por la vasta pieza medio oscura, ó parecian volverse hácia dentro, á lo mas recóndito y misterioso de sus almas.

Clara rompió de nuevo aquel silencio que la abrumaba:

—Luisa, Luisa! . . . Papá es malo ¿no es cierto? . . . Muy malo contigo y . . . . con Pedro.

Luisa se puso instantaneamente sombria, pero en seguida como avergonzada, volvióse á Clara con su índice en los labios.

—No hablemos de papá! Calla.

—¿Ni de Pedro?

—¡ Ay!

—Pobre Pedro! Tan bueno, tan noble . . . ! Dime, Luisa ¿Es cierto que papá lo ha despedido de la estancia? Es cierto que Pedro le reclama una herencia, y vá á demandarlo ante los tribunales?

—Mienten, Clara, mienten! ¿sabes? Pedro no es de aquellos que piensan solamente en el dinero, que subordinan sus afecciones á un miserable inte-

rés y todo lo sacrifican á él. Nó. Es una calumnia que le levantan.

—Habla bajo, Luisa!

—Mi Dios! que digo! . . .

—Yo tambien sabia que era falso, Luisa. Que no era posible que Pedro, casi nuestro hermano, pudiera hacer eso. Solo papá puede creer y afirmar esas cosas. A nadie quiere y de todo el mundo tiene algo malo que hablar.

—No vuelvas á decir esas cosas, Clara, no las repitas. Mira, papá no es tan malo como dices, es que . . . yo creo . . . él es así. Crée que ante todo es él; sueña con sus intereses y atiende lo primero á su provecho . . . . Es egoista, es . . . . Dios mio! ¡Quien sabe no obre mal al pensar todas estas monstruosidades de mi padre! Pero siempre están aquí, en mi pobre cabeza; me persiguen y me horrorizan! Hablemos muy bajo, Clara, muy bajito.

—Pero dime, ¿Que ha hecho Pedro á papá? Qué le ha hecho . . . . Gonzalez? Antes ¿recuerdas? yo me reía y ni atencion prestaba á las palabras de papá cuando todo se volvia denuestos contra Gonzalez. Pero ahora que le conozco, me fastidia y me

irrita. No se hace eso, no es honrado hablar así de una persona. Tú habrás visto perfectamente que Gonzalez es un mozo muy bien. Para estar en el campo es ya por demás educado y fino y todos hablan bien de él, y lo quieren y lo respetan. A juicioso y trabajador muy pocos le ganarán; atento y comedido lo has visto tú; pues entónces ¿que halla en él papá que le desagrada y lo enoja?.

—Clara, Clara! . . .

—Déjame, Luisa, desahogarme una vez siquiera. Te juro que no tendré mas humor para reir despues de estas cosas. Ay! Y desde mañana nos aguarda el tormento de oir á nuestras tias gruñirnos y sermonearnos por cualquier tonteria. Todo le censuran á una! De todo se enojan, y siempre están en pugna con mamá. Ya no las quiero nada, nada. . . .

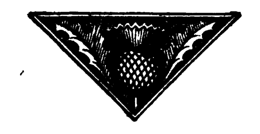
—No hables asi, Clara! . . .

—¿Por qué no he de hablar? Es cierto lo que digo, es cierto. Tú lo verás. Ahora dirá papá que Gonzalez tiene como siempre toda la culpa de lo que pasa, y que por sus consejos te ha pretendido Pedro. Como si Vds. en realidad no se hubiesen querido siempre, y tú, aunque ausente de allá, no lo hubieses á cada momento recordado. Muchas veces

hemos hablado de él y muchas veces me has dicho que estabas triste porque no nos escribia. Aqui en esta pieza, de noche, hemos hablado bastante de la estancia y de Pedro; en voz baja, para que las tias no nos oyesen.

—Es cierto, Clara. Oh, sí! tan cierto, como que Pedro jamas me habia dicho una sola palabra de amor, lo juro; nunca nos habíamos dicho de viva voz nuestros sentimientos, nunca nos habíamos explicado; pero sabíamos perfectamente que algun lazo nos ataba, y yo pensaba siempre en él con la firme creencia de que él estaba á su vez pensando en mí. En aquellos simples recuerdos que yo le ponía en las cartas de mamá para él, ó en esas breves post-datas que á veces le escribia con el corazon tranquilo y el pulso seguro; él debia saber que le ponia toda mi alma, como yo, en las pocas palabras que me dedicaba en sus cartas, sentia que toda la suya me mandaba. Ah! pero papá no crée que estas cosas sean posibles, no crée que puedan amarse dos seres sin que las palabras y las seducciones los hayan unido, ¡que digo! él crée que no se puede querer á una persona por ella misma, sino por su dinero, por la herencia en perspectiva! . . .

Hacia larguísimo rato que la vela se extinguiera, y empezaban á oirse los mil rumores precursores del alba. Luisa habia quedado silenciosa recostando su cabeza en el hombro de Clara, y ésta, silenciosa tambien, se sentía toda estremecida y llena de extraños pensamientos, como al dintel de una vida nueva que empezaba para ella.





CAPITULO VIII

Cuentas morosas

I

De palabras no habían pasado las excelentes disposiciones de Velasquez para rendir sus cuentas á Pedro y entregarle lo que le pertenecia. Allá en sus adentros habia pensado en lo poco que le duraria á éste la posesion de sus intereses. D. Lino Velasquez tenia la firme conviccion de que Diaz haria volar en breve tiempo su capital, y suelto ya, sin su benéfica direccion, el muchacho se perdería para siempre.

Excelente D. Lino! ¿Se creerá por alguien? A pesar de la ingratitud de Diaz, el estanciero lo

compadecia, y paseándose á largos trancos por su escritorio, se afligia y se ponia nervioso al solo pensamiento de este futuro derroche de su ahijado. Es que á fuerza de hacerse hasta entónces el olvidado, se habia acostumbrado á considerar como de su propiedad aquella media legua de campo, lindera del suyo, donde tenia sus puestos y sus buenas majadas, y se aferraba á ella como á lo mas querido.

Era como si lo viese ya. Pedro vendería su campo y se encaminaría á Buenos Aires, que era su sueño dorado. Amigo de Gonzalez, muy pronto se haria tan desprendido y máno abierta como él, y en teatros, y en jaranas y mujeres, correría el importe del campo como un rio desbordado. Era una tortura para D. Lino la idea de que Gonzalez iba á ser el que mas provecho sacase, y se mesaba los cabellos, cuando haciendo sus cuentas mas que alegres, calculaba lo que tendria que dar á su ahijado.

Pero ello es que los dias pasaban y D. Lino nada hacia. Una ó dos veces le habia preguntado misia Elena y con malísimos modos le contestó que estaba preparando sus cuentas y que nunca mas volvería á hacerse cargo de intereses agenos ni á ser tutor de menor alguno, pues solo perjuicios y que-

braderos de cabeza ocasionaba. ¿Quien le pagaria á él sus desvelos por Pedro; todo cuanto él había hecho, desde enseñarle á leer, sin que jamás éste le hubiese servido para nada? Quién le pagaba sobre todo los daños y perjuicios que le acarrearía el tener que mover sus majadas, que perder tiempo en buscar campo bueno, y vender alguna finca en Buenos Aires, para entregarle el importe de unas vacas que se vendieron? Quién le pagaba todos estos perjuicios?

No habia discusion posible con Velasquez al respecto; era así, y hablaba mas alto en él que la justicia, la voz imperiosa de su interés y su egoismo, mientras la elástica conciencia todo lo sancionaba y explicaba.

Entre tanto, ¡que admirable ejemplo de honorabilidad! Despues de largos años de administrarlos sin control alguno, entregaba sus bienes á Diaz, sin que nada le faltare segun él; y amen de otras cosas, recordaba Velasquez varias suertes de chacras que pertenecieron á los padres de Pedro, pero de las cuales se perdieron los derechos antes de escriturarlas. Ni Pedro, ni nadie tenia noticia de tales chacras, pero allá entre los recuerdos perdidos de D. Lino, una

voz las enumeraba, porque despues pasaron á suyas. Para tranquilidad de su honrada conciencia, volvia á explicarse á sí mismo porque serie de combinaciones habian sido escrituradas á su favor. Nada mas que una lejítima adquisicion. Se perdieron los derechos por descuido ó cualquier otra cosa, y él las escrituró para sí cuando fué Juez de Paz del partido y Presidente de la Municipalidad. Respiraba tranquilo á este respecto.

Bien pensado, media legua de campo, en mas de una docena de años de arrendamiento, pues D. Lino siempre lo habia ocupado con ganados suyos, daria una cantidad muy regular, pero ¿y lo que Pedro habia gastado en todo ese tiempo en colegios, etc? y sus gastos, cuando se quedaba solo en la estancia? y los perjuicios que mas de una vez le habian ocasionado sus descuidos de muchacho?

Es cierto que varias veces habia tomado cantidades para gastos del menor, y luego, Pedro, ya mozo, habíase procurado recursos vendiendo algunos animales que le quedaban, y con lo que le producia una majadita que le tenian á medias por el campo que le daban (teniendo él campo!) pero así mismo, D. Lino se veía enormemente perjudicado con la estadía de

Pedro en su establecimiento, y sobre todo ahora, que no lo tenía más.

II

Al marcharse con la familia á Buenos Aires, sabiendo que Pedro paraba en «Las Tablas», escribió á Gonzalez la siguiente carta que merece el honor de una lectura, á pesar de su estilo seco y lacónico:

«Estimado Sr. Gonzalez:

A causa de una nueva indisposicion de mi señora, nos ponemos en viaje para Buenos Aires, y en su nombre y mio me despido por ésta de Vd.

Tendrá Vd. la bondad de decir á Pedro, que pára en su casa segun me dicen, que en breve regresaré para entregarle su herencia. He tenido con él un disgusto (que no sé cómo habrá contado á Vd.) y desde ese momento él ha concluido para mí.

Soy de Vd. su afmo. S. S.

LINO VELASQUEZ.

Estaba al presente de vuelta en su estancia, pero ni habia pasado por «Las Tablas» ni se daba por entendido en el asunto. No hacia otra cosa que fas-

tidiarse y fastidiar á los que le servian, clamando al cielo á toda hora por la negligencia y descuido con que miraban sus intereses.

Su mal humor crecia á medida que mas tiempo pasaba en la estancia, solitario en sus piezas, pasando su tiempo con los mates que le alcanzaban á docenas, y los negros cigarros, uno tras otro encendidos; ó bien galopando de puesto en puesto, como agoviado de trabajo, sin tener de quien valerse ni quien le mereciera confianza.

Al fin, despues de dos semanas de estadía, resolvió partir á Buenos Aires, con gran satisfaccion de Da. Rosa y sus muchachas, que siquiera por un tiempo respirarian, libres de su mirada vigilante y sus eternas observaciones.

Marchóse pues, dejando el asunto de Diaz todavia pendiente y sin darle una palabra de explicacion.

III

Pedro Diaz entre tanto seguía en «Las Tablas.» Era á mediados de Febrero, y esperaba pacientemente las famosas cuentas de D. Lino. Gonzalez

instaba á su amigo para que apurase á su vez al tardio hacendado, pero él, con su delicadeza extremada, nada queria hacer de su parte.

Pedro Diaz deseaba que Velasquez promoviese el asunto por sí, no queria recurrir para nada á los tribunales y trataba de salvar toda diferencia que se suscitara. D. Lino debia decirle:—«Esto es lo tuyo» y él sin objecion alguna lo recibiria; que su tutor hiciera las cuentas como lo creyera justo, él las aceptaba.

—¿Pero estás en tí? le decia Gonzalez. No conoces entónces á D. Lino, á pesar de los largos años que has pasado á su lado. Jamas te dará cuentas si no se las pides. Yo lo sé perfectamente, hijo mio; cuando este señor debe una cuenta se duerme tranquilamente, y hasta que no se la cobran no la paga. Duerme tú tambien, y puede ser que el dia del juicio recibas tu herencia.

—No quiero cuestiones con mi antiguo tutor, amigo Gonzalez. Por él nó. Por misia Elena, por . . . . Luisa.

—Pues, chico, por ella debes hacerlo. Otra vez te digo que no conoces á tu excelente tutor.

Pedro, sombrio y callado, siguió paseándose á lar-

gos pasos por el corredor, mientras Gonzalez, á la vez que hablaba, ajustaba las cinchas á su caballo y arreglaba los estribos.

Mordia entre tanto impaciente su freno el gran saino de Pedro, atado alli cerca; fogoso y ardiente, daba vueltas al rededor de su poste, y escarbaba la tierra con las manos esperando al ginete.

Cuando Gonzalez montó, lanzó alegre relincho al ver á su dueño que se acercaba á desatarle, y mientras éste arreglaba su poncho sobre la silla, se movía nervioso, dilatando sus anchas narices, los ojos vivos y brillantes, el freno cubierto de espuma.

Al largo tranco, llevando sus briosos caballos sobre la rienda, salieron los dos amigos al campo, y como Gonzalez dirigia el suyo hácia la estancia de D. Lino, Pedro sofrenó violentamente su saino.

—Mira, Gonzalez, por ese camino no te sigo. Estan todavia frescos en mi memoria tantos recuerdos que me aflijen, me causa tal impresion esa casa solitaria con sus puertas cerradas y sus tristes corredores, que no quiero pasar cerca de ella de largo, como un extraño, yo, que he pasado la vida allí, desde que tuve razon y empezé á darme cuenta del mundo que nos rodea. No puedo, no tengo valor.

Hace cerca de tres meses que no pongo los piés allí y nunca mas tal vez volveré, y sin embargo, en un ángulo, en aquel costado, está todavia mi cuarto, con mi cama y mis libros amigos. Quedó abierto sobre el escritorio uno de los últimos libros que me trajiste de Buenos Aires, y en un cajon, aquí tengo la llave, hay unas cuantas cartas de Luisa y misia Elena. En una cajita un rizo de Luisa y otro de Clara, que me mandaron cuando recien se fueron á Buenos Aires, y muy oculta, una fotografia de ámbas, cuando á penas sumaban juntas quince años . . . . . . Cortemos campo, ya que tienes que ir á lo de Santana, y costeando el otro lado de la laguna, llegaremos casi en el mismo tiempo.

Luego, silencioso, lanzóse al galope hácia el punto indicado y Gonzalez lo siguió, guardando cierta distancia, discreto y prudente.

Pasado breve instante, Pedro contuvo un poco su caballo, y poniéndose al lado de Gonzalez, volvió al asunto de todas sus conversaciones entónces y de todos sus pensamientos.

— ¿Pero porqué crées tú que no conozco á D. Lino? A ver, Gonzalez, ¿por qué?

—Porque no te apresuras á cobrar tu herencia, por-

que no vés que por Luisa misma debes hacerlo. ¿Temes perderla? La pierdes para siempre si te descuidas. ¿No vés que ahora no vales nada para D. Lino? No pasas de un infeliz muchacho para él, aunque seas instruido y honrado y trabajador. Tener pesos es lo único que vale para tu viejo tutor. A gentes como él se las toma por el interés y nó de otro modo.

—Bah!

—¡Que diablos! no es tan poco que digamos! He querido que lleguemos hasta lo de Santana, porque él sabe mejor que nadie lo que te dejaron tus padres. Tú, con tu desinterés y tus ideas elevadas, no desciendas á esas bagatelas.. Déjame á mí averiguar, y tú contempla entre tanto el campo, el cielo, los árboles, las flores, etc. . . . Por lo pronto, creeme á mí que vivo en la tierra; tú eres mozo que tiene unos cuantos miles de patacones limpios y no es un mal partido para cualquiera señorita. Es claro, D. Lino no te dá importancia porque todo lo mira como suyo; pero cuando empieze á entregarte tu campo y tenga que contarte tu dinero, y darte algo mas, ya verás como este soberbio se dobla y se amanza. ¡Ahí es nada, el mordizco que vas

á darle en el bolsillo! Te entrega la blanca mano de su hija, créeme.

—Oh! eso seria como una compra.

—Ríete de eso, y sobre todo tratándose de D. Lino. Reclama tu herencia, que, por otra parte, bien poco te dá tu majada, lo único que ahora tienes. Además, no has de pasarte la vida vagando por los campos. Casa y comida tendrás siempre, pues sabes que eres tan dueño como yo en «Las Tablas», mi bolsillo está á tu disposicion; pero, oye esto: mientras tú no te resuelvas á preguntar á D. Lino por tu herencia, ésta no vendrá jamás â tu poder. Si tienes embarazo en hacerlo tú mismo, autorízame á mí. Yo lo hago, yo cargo con la odiosidad de D. Lino si quieres, y mira en qué circunstancias, cuando me está gustando su hijita Clara.

—Que dices! una chicuela!

—Quince años cumplió, segun me has dicho, y es tan charlatana, tan ingénua y á la vez tan viva, que, te lo confieso, poco á poco me ha ido interesando, á tal punto que he extrañado su ausencia. Solo tres ó cuatro veces he hablado con ella, pero he charlado de firme, y ni una palabra galante, te lo aseguro. Hemos hablado como dos muchachos. Despues de

aquel célebre almuerzo no he vuelto á conversar con ella, pero el dia de su partida á Buenos Aires la ví á lo lejos, y la hize un espresivo saludo que ella contestó no menos espresivamente. . . . Estos viejos tan avaros de sus hijas, no saben que cuando la hora suena para ellas, ó tarde ó temprano, es inútil que las mezquinen. . . .

Pero para que que veas si lo conozco á D. Lino; tengo la seguridad de que si voy y le pido su hija, no hace objecion alguna, por el contrario me ayuda, si soy algun imbécil que insisto, sin antes haberme ganado el cariño de la chicuela.

—Pero piensas formalmente en ello?

—¡Porque nó! . . . Pero aun hay tiempo para eso . . . . no es D. Lino el obstáculo, ni tampoco la señora que es buena y discreta; y sobre todo, que cuando las hijas quieren á un hombre, las madres lo quieren tambien, porque ellas encaran bajo otra faz la cuestion. Lo que por lo pronto necesito es pretexto para irme á Buenos Aires, frecuentar la casa de D. Lino. Dáme poder . . . .

—Vaya un pretexto . . . !

—Eso es cuenta mia.

Pedro seguía galopando en silencio al lado de

su amigo, mientras éste volvia de nuevo al asunto de la herencia.

—Dáme poder, chico, y nos vamos á Buenos Aires; no te vendrá mal, pues necesitas distracciones. Este monótono horizonte te pone cada vez mas melancólico. Tienes necesidad de respirar el mismo aire que ella. Hacerte á la ciudad, y cambiar tu sencillez de modales y vestidos, por la elegancia de un *high life*. Vestirte á la moda, y usar lente y varita en vez de bota y rebenque. Piensa en esto, que es mas serio: La mujer, se repite, es voluble. Ella se ha ido á Buenos Aires. Mañana te olvida por otro y . . . . Despues que allá es distinto. Si Luisa te quiere, aunque D. Lino se oponga, te queda el recurso de la *vénia supletoria*.

Pedro detuvo de pronto su caballo y tendió su mano á Gonzalez.

—Tendrás el poder. Si quieres nos ponemos en viaje mañana mismo. Me resuelvo á seguir tus consejos. Pero nunca me casaré con Luisa, si he de necesitar para ello la violencia, el escándalo. Estas cuestiones no se ventilan ante los Jueces. A Buenos Aires sin embargo!

—Mañana mismo! dijo Gonzalez castigando su caballo y galopando, seguido de Pedro que hizo otro tanto. Bien pronto los perros de Santana salian á recibirlos con su música de ladridos, y luego el viejo puestero, siempre fuerte y derecho, aparecia en la tranquera repartiendo rebencazos entre su jauria . . . .





CAPÍTULO IX

El señor honorable

I

Terminaba Mayo. El tiempo se habia presentado húmedo y destemplado, y grandes nubes que arremolinaba el viento pasaban muy bajas y veloces, ó se deshacian en lluvia copiosa que inundaba los campos. Muy pronto estos aguaceros se hicieron generales y contínuos, y era la campaña toda, inmensa planicie líquida, donde á trechos sobresalia algun grupo de árboles ó la masa negra de un rancho sumerjido.

A los costados de la vía férrea, las aguas creciendo bordeaban los levantados terraplenes y cubrian en algunos sitios los rieles, abriéndose como las olas

de un rio ante el tren de la tarde, que dejando tras sí sus negros nubarrones de humo, avanzaba lentamente, en viaje hácia Buenos Aires.

El cielo plomizo se fundía en el horizonte con los campos anegados y las estancias parecian á lo lejos grandes islas flotantes, mientras perdido en la extension desolada del inundado é inmóvil paisaje, algun resto de ganado nadaba desesperadamente perseguido por el viento.

El tren adelantaba cada vez con mayor lentitud, deteniéndose á trechos, y la lluvia azotaba con fuerza los cristales de los coches, penetrando por las junturas é intersticios. Ninguna señora venia en los carruajes de primera, y los escasos viajeros, siguiendo las alternativas del viaje, fumaban y conversaban en los cerrados carruajes, bien envueltos en sus ponchos ó abrigos.

De cuando en cuando una ráfaga fria penetraba, y la lluvia, deshecha en finísimas gotas por el viento, humedecia todo el interior. Era que algun guarda abria la puerta y entraba, cruzando apurado, calado hasta los huesos atendiendo á los frenos.

Don Lino, en un rincon, fumaba y charlaba con

varios. Venia de su estancia, y todos los pasajeros, comerciantes de N.... estancieros y vecinos, lo conocian y lo saludaban. Giraba la conversacion sobre la lluvia y las inundaciones, y se daban mutuas noticias del estado de los campos, segun los parajes de donde venian.

Velasquez por su parte, habia sido de los muy escasos cuyos campos, altos y bien situados, muy poca agua tenian, y estaba tan tranquilo al respecto, que abandonaba la estancia sin cuidado alguno, pues solo por el lado de «Las Tablas» era por donde, como en otras ocasiones, las aguas habian avanzado un poco; y por allí no era él quien debia afligirse, así se tragasen ellas la casa de negocio y sus pingües utilidades.

Pero por lo pronto eran otras las causas de su preocupacion y cuidado. Varios le habian preguntado cômo le iba de asuntos con su ahijado, y con este motivo se desahogaba á gritos y lamentaba la ingratitud de Diaz. Sus cuentas estaban hacia mucho tiempo preparadas; iba á Buenos Aires para entregarle lo que le correspondia; acababa de mensurar sus campos y vender alguna hacienda, y cansado de esperar á Gonzalez, apo-

derado de Diaz, que hacia una semana estaba en la ciudad, iba á encontrarlo allá para arreglarse con él y terminar lo mas pronto posible tan fastidiosa cuestion.

Preguntáronle por Pedro, y contestó que nada sabia de él. Gonzalez habia estado varias veces en su casa por este asunto ó á visitar á su señora y las niñas, pero él habia rehuido toda conversacion sobre Pedro; sabia que estaba en la ciudad, habia oido decir que andaba de café en café y de jarana en jarana, gastando á cuenta de lo poco que iba á recibir; en cuanto á él, nada le importaba, ni queria saber mas de aquel ingrato.

Todos callaban, y aprobando con la cabeza, daban la razon á D. Lino. El señor honorable se arrellanaba en su asiento con un gesto de cansancio, harto ya de la ingratitud humana y palabras desesperadas salian de sus labios:

—¡Ay, amigos! Ya no se pueden hacer beneficios.... Cria cuervos.... dice el refran, y es la pura verdad. Yo, que me he desvelado por él y le he enseñado á trabajar, ¡que tal pago me dé!...

Pero, figúrense Vds., que me cobraba no sé qué capitales fantásticos y animales imaginarios, que solo en la cabeza de un viejo chocho han podido existir! .... Me refiero á Santana, que ha esperado á la vejez para darme *la patada*; cuando lo he favorecido á él, á sus hijos y á sus nietos. No es Gonzalez, nó, quien le ha sonsacado, por más que él lo diga. Esa es la obra de aquel hipócrita que hize gente á mi lado. Para eso le han servido las lecturas en que ha perdido su tiempo en la estancia, mientras yo, confiado en él, descuidaba mis intereses. Ya el asunto está arreglado .... Habian creido que en viveza me vencerian y se equivocaron.... No tendrá consecuencias, pero es infame lo que han pretendido. Envolverme en un pleito y poner en duda mi honorabilidad.... El *chantage* en accion, señores, pero no le temo. Tengo orgullo en decirlo; donde quiera puedo alzar mi frente bien alto, limpia de toda sombra y sin temor de ser tachado. Es el mejor patrimonio que dejaré á mi familia ¡mi honradez! ....

Estaba visiblemente conmovido, y habia tal sinceridad en sus palabras y era tan noble aquel ar-

ranque de su dignidad ofendida, que todos los presentes no pudieron menos que manifestar su profundo convencimiento de la honorabilidad de D. Lino.

II

Seguia la lluvia contínua y monótona y el viento soplaba á cada instante mas fuerte. Las aguas crecian y era de temerse un descarrilamiento. Se avanzaba lentamente y todos los viajeros se habian puesto de pié, siguiendo con avidez las peripecias de la marcha. Algunos aconsejaban detenerse y esperar, otros creian mas conveniente lanzarse á todo vapor y llegar pronto á la estacion mas cercana.

Dentro de los coches la humedad era cada vez mayor y el humo de los cigarros mas denso. Estaban aun á muchos kilómetros de Buenos Aires, y en la pesada atmósfera del salon, D. Lino, con la perspectiva de una malísima noche pasada en medio de aquella inundacion, habia renegado un momento, haciendo pesar sobre Diaz aquellas nuevas penalidades; pero con-

sideraciones de un órden superior, lo hacian por entónces indiferente en medio de la general consternacion.

Despues de ese lírico arranque que había conmovido á los que le oian, el hombre se miraba á sí mismo con esa cándida admiracion con que sin duda los pobres de espíritu deben admirar á los charlatanes y farsantes. Extasiado ante ese D. Lino Velasquez que se le aparecia en todo el esplendor de su honorabilidad, reconocida por todos, sordo á los rumores externos, permanecia quieto en su asiento, sin contaminarse con las agitaciones de los demás viajeros.

Al presente, como hombre que poco á poco ha ido sacrificándolo todo al lucro de los negocios y al afan de atesorar, el inminente riesgo personal no lo intimidaba tanto como el desmembramiento de su sólida fortuna, para entregar siquiera fuera una mínima parte á Diaz. Anonadado por este próximo y doloroso desembolso, cuando el calor de la conversacion lo abandonaba, y no tenia que hacer ver á los demás el doble fondo de aquella ancha conciencia, siempre abundante en sofismas, D. Lino se sentia como pre-

sa de un vago estupor, echado en sueños á un extraño mundo, donde debia despojarse de una parte de lo que mas queria, pero aun fluctuante, con el débil consuelo de creer que era solo un sueño terrible de que despertaria al fin.

De esta suerte, todos los ruidos exteriores morian para él; fuera de su idea fija nada absolutamente sabia. El ruido que levantaba en su espíritu estrecho de avaro la inminente catástrofe, el desembolso horrible, pendiente sobre él como la espada de Damocles; esta actividad tremenda de su inteligencia perdiéndose en un Dédalo de cálculos, de sumas y de restas; haciendo girar como en un vértigo los sucesos de veinte años de su vida, agolpando recuerdos y acontecimientos innumerables, y siempre, siempre al rededor de su tema; aquella interna tormenta en fin, en medio de la cual se sentia perdido con su mundo de miserias y debilidades, era para él cien veces mas terrible que todos los posibles peligros á que expuesto se hallara en aquel momento.

De esta misma tortura moral en que se encontraba, nacia en aquel instante la absoluta in-

diferencia con que miraba el mundo exterior, insensible á toda dolencia física, bien abrigado por otra parte en su boa de vicuña y semi-envuelto en las espesas nubes de humo del negro cigarrillo.

III

Afortunadamente, llegóse sin otros contratiempos á la estacion, y en el tren de Buenos Aires con que se cruzaba allí, lo primero que vió Velasquez al asomarse á la ventanilla, fué la figura de Gonzalez conversando con otro señor. Hízole señas inmediatamente, y consecuente con sus inveterados hábitos, se quedó muy sentado esperando que Gonzalez se tomase la molestia de trasladarse á su carruaje.

—¿Se vá Vd. para «Las Tablas»? le preguntó al verle entrar.

—Nó, señor Velasquez, ya no tiene objeto; vuelvo en este tren con Vd., le contestó Gonzalez, sentándose frente al estanciero y acomodando su balija bajo el asiento. Deseo concluir el asunto que Vd. sabe, cuanto antes, y como anoche

estando en su casa, díjome misia Elena que Vd. habia escrito y que me esperaba por la estancia, resolví hacer el viaje á fin de arreglarnos pronto, para tranquilidad de todos.

—Por mi parte, Gonzalez, deseo tambien acabar de una vez con estas miserias y embrollas.

El acento de D. Lino era tan profundamente despreciativo, que Gonzalez, sintiéndose herido, replicó inmediatamente:

—Señor Velasquez, creo que por mi parte no las hay, y en cuanto á mi amigo Diaz, he dicho á Vd. hasta el cansancio desde hace tres meses, que está dispuesto á resolver el asunto del modo que á Vd. le parezca. Pedro no quiere ni pide mas de lo que Vd. crea justo entregarle.

—Lo que yo crea justo, nó, sino lo que le toca y le dejaron sus padres. Ni un medio le faltará. ¿Qué se piensa Vd.? Pero si han creido Vds. que por debilidad voy á transijir con embrollas, se equivocan. Vds. se piensan....

—Alto ahí, señor D. Lino, y cuidado! No me mezcle Vd. á mí, ni me confunda con su ahijado por demas prudente y respetuoso. No tolero que nadie me grite, eh?

—¡Hombre! no lo digo por Vd.

—Como á cada rato dice Vdes.... Por otra parte, no es necesario que Vd se altere y grite. Hablemos con calma y en voz baja; es lo mejor, pues de otro modo hará Vd. que yo tambien me altere y grite.

Habia tal decision en el acento de Gonzalez y era tan friamente amenazadora su fija mirada, que D. Lino cambió inmediatamente de tono, y dulcificando lo mas posible su voz, prosiguió, reconociendo que efectivamente era mejor la calma, añadiendo que él de ningun modo habia querido ofender á Gonzalez con sus palabras, y que esperaba que todo se arreglaria apenas llegasen á Buenos Aires.

Entre la multitud de viajeros y el bullicio de cocheros y mozos de cordel en la Estacion del *Once*, D. Lino y Gonzalez subieron al carruaje que éste último habia llamado, y bajo la fina y continuada lluvia de una tarde de Otoño nublada y tétrica, partieron en direccion de la casa de Velasquez.

Todo al parecer, estaba arreglado ya; Gonzalez, con su tino y conocimiento de los hombres,

habia creido llevar á buen término la cuestion de la herencia quedando mas amigo que nunca de Velasquez.

Durante el viaje, habia desarrollado ante el absorto estanciero vastas operaciones comerciales, gigantescos y lucrativos proyectos, y le habia indicado la posibilidad de llevar á cabo juntos alguno de esos negociones fabulosos que suelen de la noche á la mañana levantar á cualquier mortal hasta las nubes.

Tenia Gonzalez lo que D. Lino deseaba: talento é iniciativa, energía y perseverancia, y él, en su avaricia insaciable, en su ansia de negocios, le abria los brazos, olvidándolo todo ante la mágica perspectiva.

Como dos amigos que se estiman, se despidieron á la puerta de la casa de D. Lino, cambiando un fuerte apreton de manos y citándose para el dia siguiente á la una.





CAPITULO X

La nueva vida

I

Molido y cansado, mas que del viaje de las amabilidades y cumplimientos que tuvo que gastar con D. Lino, Gonzalez se tendió en un rincon del carruaje despues de dar al cochero las señas de la gran casa, esquina Reconquista y Corrientes, en cuyo piso principal habian alquilado ambos amigos una vasta habitacion con balcones á la calle.

Preparábase Diaz para marchar á comer, cuando Gonzalez entrando con su balija, le sorprendió:

—Tú! De vuelta ya! Cómo es esto?

Gonzalez sin responderle colocó su balija sobre la cómoda de uno de los ángulos, despojóse del

poncho y sobretodo, y tranquilamente empezó á peinarse y arreglarse ante el espejo, diciéndole:

—Espérame un instante. Iremos juntos á comer. El viaje me ha abierto el apetito extraordinariamente.

Siguiendo su tarea, mientras su amigo se paseaba por la pieza, feliz, radiante, como con la vision interior de una dicha completa, Gonzalez notó esta particularidad en Diaz de ordinario melancólico; sin abandonar ni el peine ni el cepillo, se volvió á él, en momentos que colocado muy cerca del brazo de gas, se hallaba su fisonomía bañada del todo por la luz, y sus ojos brillantes dejaban asomar el alma feliz que los alumbraba.

—¡Qué contento estás hoy, chico! . . . ¡Qué milagro! . . . Pero te has puesto colorado como una jovencita de quince años y esto me indica que es asunto del corazon. ¿Has visto á Luisa, hoy? Habrás rondado su casa como sabueso todo el dia, á pesar de la lluvia y el frio, no es verdad? Aprovechando sin duda la ausencia de D. Lino, habrás llegado tal vez á acercarte con el corazon palpitante á la puerta de su casa, y ¡quién sabe! tal vez hasta te hallas atrevido á tocar su llamador. El amor

es audaz y resuelto, amigo Diaz, y ya que me miras así, te diré que no supongo sino lo que yo hubiera hecho. Vamos! Confiesa que la dicha te reboza y te sale á los ojos y se te derrama por el rostro. Si hubieses salido así por esas calles, irias diciendo á gritos con tu desenfadada alegria: Ved á un hombre feliz! Y absorto completamente, dichoso habitante de la luna, devorarias las cuadras espuesto á ser atropellado por un carruaje ó volteado por un tramway. Suerte que yo llego para guiarte. Celebraremos dignamente tu felicidad para que sea la noche completa, aunque llego un poco *cansadon*, como dicen los paisanos.

—Escucha, Gonzalez: Voy á confiarte mi secreto. Una sola vez he hablado con Luisa desde que estoy en Buenos Aires, y solo fué un minuto. Iba con Clara á misa, á San Nicolás; yo que esperaba que al fin podria verla á fuerza de dar vueltas por allí los Domingos, sentí como una extraña emocion y latirme el corazon con violencia á su vista. . . . . ¡ Pobre Luisa ! Ella tambien se puso alegre. . . ¡Oh, sí! . . Yo ví en sus ojos un relámpago de esa alegria del cariño que reboza del alma y compensa todas las penas sufridas. Se pa-

ró y me dió la mano, estremecida pero resuelta; cambiamos dos ó tres palabras, âmbos llenos de turbacion y miedo, y al despedirse, mientras Clara se adelantaba, me dijo muy bajo, con una dulce voz que á cada instante resuena en mi oido, al mismo tiempo que se posaba en mí su mirada, tan tierna, tan acariciadora que todavia la siento en mi alma; me dijo esta sola palabra: Escríbeme. . . .

—¿Y le escribiste?

—Busqué un medio, ó mejor dicho vino él á buscarme. Era la sirvienta de Luisa que la acompañaba, y que al pasar me miró cariñosamente y me dijo: Adios, niño Pedro. . . . Se ha criado en la estancia, siempre al lado de Luisa y me dió á entender que sabia nuestro secreto. . . . De esto hace mas de dos meses. Le escribí, me escribió. . . .

—Le volviste á escribir, claro. . . .

—Y hoy he recibido su tercera carta.

—Bien, dichoso mortal, muy bien! . . . Eso es, guárdala así sobre el corazon, en ese bolsillito alto del chaleco, que algun sastre enamorado inventó, para guardar al alcance de la mano las cartas de la novia. Apuesto á que ahí están las otras dos.

II

Apremiado por Gonzalez tuvo al fin Pedro que darle cuenta del estado de sus amores. Luisa, resuelta á todo, á pesar de la oposicion de su padre, esperaria tranquilamente la mayor edad, si antes no cedia D. Lino, y Pedro podria confiar en ella que jamás lo olvidaria. Mientras tanto, podrian verse algunas veces, ya en la Iglesia, ya en los teatros ó paseos. ¡Qué importaba que no pudiesen hablarse, confiarse mutuamente sus inquietudes y sus esperanzas? ¿Qué importaba que sus cuerpos estuviesen separados, si sus almas estarian siempre juntas, si una mirada les bastaria para comprenderse? No habian hecho esta vida larguísimos años, felices con un recuerdo, con enviarse una palabra á la distancia, y cuando todavia no se habian mutuamente revelado su cariño? ¿Por qué, entónces, no lo habian de hacer ahora, cuando se habian comprendido ya, y sabian que tarde ó temprano su amor los uniria sin que obstáculo alguno pudiese evitarlo?

Pedro, por su parte, ¿á qué negarlo? estaba

tranquilo al respecto. Confiaba en Luisa ahora, aun mas que en sí mismo. Despues de largos dias de permanencia en Buenos Aires, en cuyo tiempo solo de lejos habia visto á Luisa, empezaba á sentir la nostalgia de sus campos nativos, cuando aquellas cartas llegaron para infundirle aliento y esperanza. Pedro tenia esa noble altivez de la raza y á pesar de su inmenso cariño á Luisa, jamás le hubiera escrito sin que ella se lo pidiese. Despues de la escena de la estancia, habia esperado mucho tiempo una palabra de su amada; ¿por qué no llegaba? ¿Lo habia alcanzado ya aquel olvido con que Gonzalez lo asustaba: ó débil é irresoluta, tenia miedo de afrontar todas las penas y todas las ansias de un amor contrariado? No lo sabia Pedro, y apenas si en sus momentos de ansiedad mortal, casi inconscientemente encaminaba sus pasos hácia la casa de Luisa, con la vaga esperanza de verla.

¡Qué horas tan negras habia sabido tener él que por temperamento y por costumbre era triste y reconcentrado! Habíase hecho á la melancolía y al silencio en sus largos paseos á caballo por los campos solitarios, y ahora, que pasaba

la mayor parte de su tiempo, solo, en aquella vasta habitacion, se abandonaba por entero á sus tristes reflexiones, cayendo en una especie de postracion ó abatimiento que lo dominaba por completo.

Los primeros dias, recien llegado, la novedad, el bullicio de la ciudad; los paseos á que á todas horas lo llevaba Gonzalez para distraerle, le hicieron olvidar en breve tiempo sus penas; pero luego, cuando éste tuvo que volverse á «Las Tablas», invadieron de nuevo á Pedro sus desfallecimientos de lipemaniaco y sus nostalgias de paisano.

Tentaba distraerse, pero cruzaba huraño y avergonzado por entre la multitud de la calle Florida, y apenas si los bronces ó los cuadros de una vidriera lo retenian un instante, â medias iniciado en las armoniosas proporciones de una estatua ó las finezas artísticas de una *acquarella*. El público de los teatros lo mareaba, y pasaba sin atreverse á entrar por los lujusos cafés, «Los 36 Billares» ô el «San Martin», de los cuales llegaba hasta su rostro una atmósfera caliente y especial que lo intimidaba. Abonado á un restaurant de tercer órden

á cuyo dueño lo habia recomendado Gonzalez, entraba á él, y se sentaba modesto y silencioso, en una mesa retirada, saliendo despues á vagar por las calles, inquieto y aturdido, mareado por el ruido y la multitud, sintiéndose perdido entre 400,000 habitantes, mas solo y mas triste que nunca.

Temprano se encerraba en su pieza. Trepaba las escaleras de mármol del vasto edificio, y cruzaba sus corredores solitarios alumbrados por el gas, escuchando en el silencio el ruido de sus pasos, y á lo lejos, como un mar inmenso, las palpitaciones de la ciudad.

Encendia el pico de gas y luego leia; ó bien, descansando la frente sobre las manos, cerraba los ojos, y así permanecia larguísimo rato, mientras una voz interior le contaba toda su vida y le mostraba los paisajes luminosos de sus campos.

—¿Qué hacia él allí? Era aquella la vida que habia soñado, cuando en su anhelo de ilustrarse volaba á esa ciudad medio fantástica de que le hablaban los periódicos y los libros? De lejos la habia visto, hermosa y atrayente; pero ahora que la miraba de cerca y cruzaba por medio de sus mul-

titudes indiferentes, sin que un solo rostro amigo se volviese hácia él; cuando hasta su amor le faltaba; la sentia tan helada, tan grande y tan vacía, que ansiaba huir lejos, buscando calor y afecciones, allá, á sus campos, donde aun habia gentes sencillas que lo querian

Pasaba las horas así. Luego, en su lecho, sintiendo un cosquilleo ardiente tras la larga inaccion, trataba de aquietarse y dormirse con el nombre de Luisa en los labios, dulce y castamente, con su púdica imágen en la memoria; pero su sangre abundante y caliente, golpeaba demasiado fuerte á su corazon, y se revolvia largo tiempo entre las sábanas, escuchando los golpes repetidos de las arterias, pasando rápido, insonne y calenturiento, de los éxtasis mas ideales y sublimes á los mas groseros y materiales espasmos. Era la sangre, la materia, que pugnaba potente, y se desbordaba impetuosa como ancho rio engrosado por las lluvias.

Al dia siguiente, mareado, doloridas las sienes, se despertaba y se vestia. Y volvia de nuevo á su tarea, actividad incesante de su cerebro en tortura; pero á veces alguna ráfaga de esperanza lo animaba y un arranque viril lo hacia poner de pié, resuelto

y alentado. No habia venido á Buenos Aires, para volver cara á los primeros contratiempos, como un soldado cobarde á los primeros fuegos! Nó! Habia venido para que el muchacho campesino se tornase en el jóven culto de la ciudad; para que sus sencillos y rústicos modales desapareciesen y para hacerse hombre, sobre todo, hombre!—y cuando se observaba á sí mismo un instante con serenidad, se veia tan cambiado á pesar de sus vacilaciones y desconfianzas, se sentia con tantas fuerzas para la lucha, que un deseo vehemente de vencer daba mas calor á su sangre y encendia su rostro....

Y era en uno de estos propicios momentos que llegaban al fin las cartas de Luisa! Con ellas, con sus palabras de aliento, ¿cómo no habia de luchar, y cómo no habia de vencer? Se quedaria en Buenos Aires, lucharia y venceria!





CAPITULO XI

Los primeros fuegos

I

A las ocho y algunos minutos salian los dos amigos del restaurant en que acababan de comer.

—¡Hombre! dijo Gonzalez â Pedro, segun me cuenta un amigo, D. Lino ha dicho en el tren que andas en Buenos Aires de café en café y de jarana en jarana. Como me consta que esto es una soberana mentira inspirada por el despecho, quiero iniciarte en esa vida alegre, para que tengan siquiera fundamento las palabras de mi sócio futuro y. . . . algo mas, añadió tociendo.

Luego, sin dejar que Diaz dijese una palabra, prosiguió:

—Sábelo ya, la chica, hijo mio, se rinde. . . . Aun no quiere confesarlo, pero en las pocas visitas que tengo hechas en su casa he estrechado bien el sitio, poquito á poquito, sin alarmarla. . . . ¡Dios me perdone! pero creo que no está lejano el dia en que pueda pedir á D. Lino Velasquez, la mano de su hija Clarita. Oh! te vas á reir, pero no importa. Estoy celoso de tí, de tí! que no puedes con tu humanidad por Luisa! y nunca adivinarias por qué si yo no te lo dijese Celoso estoy porque tienes un retrato de Clara y una trenza de su pelo, que junta con otra de Luisa te fueron remitidas á la estancia, segun me has dicho.

—Eran muy niñas entónces. ¡Hace tanto tiempo de eso!

—No importa! Yo tengo celos! . . . Pedro, Pedro! qué dichoso eres tú! . . .

Sonrióse apenas Pedro, y como Gonzalez seguia marchando despacio, preocupado al parecer solamente de su paraguas, tratando de evitar las posibles colisiones con los paraguas de los demás transeuntes, llevados á prisa por la finísima lluvia, Pedro se detuvo preguntando:

—Pero á dónde vamos? Me parece que la noche no es muy á propósito para andar de parranda.

—No te asustes, vamos cerca. A un paso de aquí. Nada mas que al «Café Argentino» donde noche á noche se reunen unos cuantos compatriotas mios; siempre que vengo á Buenos Aires soy su obligado contertulio y hago de cuando en cuando mi partida de carambolas. Ocupado con tus asuntos, hace mucho tiempo que no concurro por allá. Pero esta noche hemos de echar una cana al aire; no quiero que mi querido amigo Velasquez pase por embustero y se eche sobre su conciencia este pecado.

—Pero es cierto lo que me dices, Gonzalez? Me cuesta creer que D. Lino descienda á semejantes miserias y trate de colocarme en tan malísimo concepto. Te habrán engañado. . . .

—Quiá! . . .

—No es posible que á tal punto llegue su rencor contra mí. Porque puede quererse mal á una persona, considerarla como un enemigo, odiarla á muerte; pero no por esto ha de llegar el rencor hasta afirmarse de esta persona cosas que dañen su

eputacion . Eso seria una ruindad, eso no es noble ni generoso.

—Pero si D. Lino no es noble ni es generoso. Es justamente todo lo contrario. Pertenece á la categoría de los bajos y los ruines, incapaces de todo acto noble; cerebros estrechos, deformados y achatados por el afan del lucro, la avaricia y el egoismo. ¿Qué tiene de estraño entónces que haya mentido por hacerte mal y justificar su desavenencia contigo ante las gentes? Ah! tú vives en un mundo de generosidad y nobleza muy distinto del verdadero, y solo crées en las nobles acciones y en los arranques generosos; crées fácil la vida, bajo la máxima de la justicia: á cada uno lo suyo; pero has de convencerte poco á poco, á fuerza de desengaños, de que es necesario armadura de acero para los golpes y corazon endurecido para herir cuando nos hieran. En un siglo como este no es permitido ser tonto y so pena de pasar por tal, es preciso ser malo de pensamiento y hasta de obras; es preciso. . .

—Bueno, bueno; ya sé lo que vas á decirme. . . . Ni tengo tanta fe como te piensas para que trates de matar mis ilusiones. Sé muy bien

lo que puedo creer y lo que debo esperar. A veces, ideas muy negras rujen bajo mi cráneo como una tormenta; pero yo me digo y me repito cien veces que es necesario luchar contra este pesimismo qne nos invade y flota en el aire, porque con él se endurece el alma y mueren al fin todos los buenos sentimientos.... Mira, Gonzalez, todo lo malo que pienso prefiero no creerlo, decirme que son malas ideas mias, y á veces.... no puedo. Nunca he pensado muy bien de la moralidad de D. Lino; pero yo creia que tantos años de vida íntima pasados al calor de los mismos afectos y formando una parte de la misma familia, podian ser otros tantos vínculos que nos ligasen estrechamente, ó que, por lo menos, no seria mirado por él como un extraño y como un enemigo.

II

Poco despues penetraban en «Los 36 Billares». Abajo y arriba todo estaba lleno; oíase solo el ruido de las conversaciones y los golpes repetidos de los tacos. Penetraron por la ancha calle del centro, flanqueada de bancos y mesas, por donde

iba y venia la concurrencia; á ambos lados tendíanse en doble hilera las mesas de billar y movíanse de aquí para allá los jugadores, en la sombra de las grandes pantallas verdes de los brazos de gas.

En aquella atmósfera caldeada por las numerosas luces y la inmensa concurrencia, sentia Pedro un insoportable calor que le encendia el rostro, y adelantaba como aturdido entre aquel *maremagnun*, mirando por todos lados cruzar rápidos y perderse entre los tonos oscuros de los trajes, los blancos delantales de los mozos y los reflejos vivos de las bandejas de metal cargadas de tazas ó copas.

Sentíase como la respiracion inmensa de la multitud, flotando en la niebla azulada que se levantaba oscureciendo la sala y rodeando las luces de círculos blancos y ligeros; y toda aquella inmensa masa de gente, movible y ondulante, parecia volverse hácia Pedro como un mónstruo gigantesco, mirándole atentamente con sus cien ojos centelleantes.

Jamás habia presenciado una cosa igual. No tenia ni la mas vaga idea de una aglomeracion de

gente como aquella y el espectáculo lo tomaba completamente desprevenido. De lejos solamente, al pasar, habia visto salir la concurrencia de Colon y derramarse por las calles adyacentes en largas tiras negras que cubrian las veredas, mientras los tramways se cruzaban atestados de viajeros, tirados á duras penas por los caballos, arrancando chispas de los adoquines en que se afirmaban.

Habia cruzado asustado entre los cien carruajes que se agolpaban á la puerta del teatro, entre la gritería incesante de los vigilantes al llamarlos por sus números; pero á la luz escasa de los faroles de gas, habia pasado todo esto ante sus ojos como una larga procesion de sombras, indecisas siluetas, que se empequeñecian y disipaban en la grandeza oscura de la noche.

III

En un grupo, á la izquierda, varios jóvenes jugaban al billar y conversaban. Correctamente puestos, tiraban maestramente las carambolas y arqueaban el cuerpo con elegancia, evitando mancharse con tiza sus jaquets á la inglesa, mientras la

frase incisiva ó el chiste oportuno se cruzaban, saludando las pifias y malos golpes con bromas y risas.

Gonzalez y Diaz, se detuvieron un instante á verlos jugar. Uno de los jóvenes era el sobrino de Velasquez á quien Gonzalez habia visto una ó dos veces en la sala de misia Elena. Naturalmente, lo saludó, y como era lleno de franqueza, comunicativo y locuaz, el jóven español entabló conversacion con el dandy.

Los amigos de éste miraron con cierta curiosidad impertinente á Gonzalez, que á pesar de sus modales correctos y su traje decente, dejaba traslucir mas ó menos su vida de campo y sus hábitos de labor. El sobrino de Velasquez por su parte, mostróse harto frio con él, contestándole con monosílabos, como á un importuno de quien deseara librarse.

Todo esto empezó á chocar á Gonzalez, que nada de tonto tenia; pudiendo luego notar que aquellos caballeretes tenian damasiadas pretensiones y excesivos humos aristocráticos. Rolaban, al parecer, en muy altos círculos, alternando con lo mas distinguido de Buenos Aires, y para merecer

el honor de su amistad, era preciso unir al nombre conocido otras muchas condiciones y privilegios; todo lo cual tenian buen cuidado de hacerlo notar con su actitud.

Gonzalez se hizo, pues, á un lado y calló, atendiendo como al descuido á lo que decian. No eran poco chocantes las observaciones disimuladas que hacian, y los epígramas sobre el pobre Diaz, que todavia mareado con el ruido y el calor, permanecia callado detrás de Gonzalez, con su fisonomía cándida y sorprendida de muchacho de campo.

—Mira, Pedro, dijo Gonzalez sordamente y con tono irritado, la juventud de esta ciudad es abierta y noble, sencilla y sin pretensiones; pero hay media docena de mozitos á quienes dá ganas de tomarlos uno por uno, pegarles un puntapié y decirles: Ea, imbéciles! . . .

—Te sacaste la mosca de encima, decia entre tanto uno de ellos, no tan bajo que no lo oyeran Gonzalez y Pedro.

—Lo eché al diablo! . . . Hay algunos tipos que se toman tal confianza, que ni hermanos. . . .

Los otros rieron, y siguió la broma sobre el

asunto, creyendo que los dos amigos se habian retirado.

—Pero ¿quién es? dijo otro, despues de tirar una carambola que erró y acercándose al sobrino de Velasquez dando tiza á su taco, mientras los otros seguian la partida.

—¡Qué sé yo! Es un individuo que suele ir á casa de mi tio por no sé qué asunto.... Segun me cuentan, una canallada que quiere hacerle con otro tipo que han criado en la estancia....

—Bah! La historia de siempre!.... Algun gaucho de esos, que quieren ser gentes y empiezan por ser canallas....

—Pero lo mas rico es que el gallego se le dedica á la menor de mis primas. Una chicuela! Allá se rien á carcajadas, y yo sé hacer rabiar á mi prima, llamándola....

No pudieron seguir adelante, pues Pedro y Gonzalez habian caido rápidos sobre ellos.

—Yo voy á enseñarte á reir de la gente, mequetrefe....

—Vd. es un miserable, decia Pedro, por su parte, al otro; prejuzga é insulta á quien no conoce.

El escándalo fué enorme. Rodaron vasos y

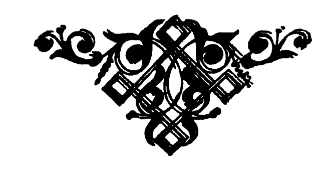
botellas y diéronse algunos golpes por ambas partes con los tacos de los billares y las sillas. Entre el ruido y la confusion, sobresalia la voz de Gonzalez, irritada y dolorida. Habíanle hecho profunda impresion las palabras del dandy, y ya se creia en ridículo con sus amores, él, que habia pensado que solo Pedro sabia su secreto.

Intervino la Policía y seguidos de numeroso séquito fueron todos conducidos á la Comisaría.

—Ah! decia Pedro en voz baja pero desesperada á Gonzalez, á cuyo lado marchaba,—Gonzalez! no sabes qué impresion me han hecho las palabras de esos atolondrados! ¡Qué herida me han abierto! . . . ¡Qué infamia y qué injusticia! Lo mismo que ellos dirán de mí las gentes mañana, así me tratarán! ¡La historia de siempre!

—Sí, Pedro, sí! La historia de siempre. La historia de tantos huérfanos dejados en la calle por sus tutores y protectores. La historia de esos míseros niños recogidos por hombres caritativos entre los aplausos de la gente honesta, y muchos de los cuales, ¡ingratos! se separan despues de sus padres adoptivos ó patrones, cuando gracias á ellos son gente.

—Escucha, Gonzalez. Cuando oigas hablar de alguno de esos muchachos que no pisan mas la casa en que se criaron, y son motejados de ingratos por las gentes, no los juzgues tan pronto, no los acuses. ¡Quién sabe por que horcas caudinas han querido pasarlos!





CAPITULO XII

Las cuentas del gran capitan

I

Acababa de dar la una de la tarde cuando Gonzalez llamaba á la puerta de D. Lino. Preguntó por éste y fué introducido al escritorio donde ya lo aguardaba Velasquez con otros señores. Presentólos á Gonzalez; uno de ellos era un escribano.

D. Lino se rodeaba de aparato para su rendicion de cuentas y quién sabe qué actas ó memorias pensaba hacer levantar! Se pagaba, por otra parte, el lujo que muy caro le costaba, de mostrar así ante muchos su honorabilidad. En cuanto á Gonzalez, con plenos poderes de Pedro, habia ido solo, indiferente y despreciativo despues del suce-

so de la noche anterior, el que, al parecer, no era conocido aun en aquella casa.

El estanciero lleno de zalamerias y cumplidos, se empeñaba en agazagarle, y cuidaba de que estuviese bien colocado en la pieza y al reparo del viento; insistió en que Gonzalez se sentase en un cómodo sillon, y él mismo se lo acercó, quitándole la silla en que aquél se disponia á sentarse.

—Aquí, amigo Gonzalez, siéntese Vd. aquí, que estará mejor.

—Estoy bien en cualquier parte, señor Velasquez.

—El aire molesta. Mire Vd., mejor es el sillon; siéntese Vd en él. . . .

—Señor D. Lino, me confunde Vd. . . . Gracias. . . . Señores, no se molesten Vds.

Aquello era aburridor, y Gonzalez concluyó por sentarse en el sillon y recibir sin mas cortesias los cumplidos de D. Lino. Evidentemente, queria éste ganarlo, marearle con sus atenciones, y tenerlo obligado para con él. Pero el español no se hallaba mejor dispuesto que otras veces en su favor; por el contrario, lo estudiaba friamente y le seguia en todas sus vueltas y bellaquerias, sintiendo accesos

de ira al recuerdo de las palabras que oyera al sobrino de Velasquez y ante la especie de farsa que en ese instante estaba presenciando.

Despues de un breve exordio, y luego que relató toda la vida de Pedro, cómo vino á su lado, etc., haciendo siempre resaltar todos los servicios prestados á su ahijado, procedió, D. Lino, á enumerar ligeramente los bienes dejados por los padres de Pedro. A cada momento interrumpido por Gonzalez, que sentia crecer su indignacion ante las alegres cuentas de Velasquez, siguió éste leyendo varios papeles y hojeando libros, haciendo su aparato de rendicion de cuentas. Concluyó luego, leyendo otro libro en que llevaba notas de los gastos hechos en la educacion del menor, y los de mantencion, ropas, libros y otras miserias por el estilo.

—Dejo otros muchísimos gastos en el tintero, continuó luego, justificados perfectamente todos, pero que los he hecho yo voluntariamente y no pretendo que se me paguen. Además. . . .

—Basta, señor Velasquez, interrumpió Gonzalez, poniéndose de pié. Es inútil que lea Vd. mas; todos esos gastos se pagarán. Pero, señor; aunque



mi amigo Pedro Diaz me ha encargado terminantemente que no discuta, ni promueva dificultad alguna para el arreglo de esta enojosa cuestion, me veo en el caso de hacerlo, señores. Hasta la tontera humana tiene sus límites, y yo, seguro de cumplir así con mi conciencia, y en virtud de los documentos que tengo y datos que he recogido allá, concernientes á los padres de mi representado; en representacion suya, señor, rechazo las cuentas que acaba de presentarme; no puedo de ninguna manera aceptarlas.

—Señor Gonzalez! . . .

—Señor Velasquez? . . .

Aquella violenta solucion no esperada, habia dejado suspensos á los tres ó cuatro amigos de D. Lino. Aquello era inaudito. A un hombre de la honorabilidad de Velasquez, de tan honrados antecedentes, rechazarle unas cuentas claras como la luz del dia! Habíanse hecho á un lado y comentaban el incidente, mientras D. Lino levantaba los ojos y las manos al cielo, como desesperado de la miseria humana, no agraviado sino dolorido!

Buscaba entre tanto Gonzalez su sombrero pa-

ra retirarse, anunciando al mismo tiempo á Velasquez que estaba dispuesto á acudir á los tribunales.

El estanciero comprendió perfectamente que no habia arreglo posible y concluyó por indignarse á su vez.

—Eso es lo que Vds. han querido desde un principio. Enredarme en un pleito. Intimidarme con esta amenaza de tribunales.

—Allí habria acudido desde mucho antes, señor Velasquez, si la delicadeza de Diaz no se hubiera puesto de por medio.

—Sépase, señor Gonzalez, que el hombre honrado nada teme. Acuda á los tribunales. Siempre me quedará el derecho de señalar con el dedo á ese miserable y desagradecido que hasta contra la honra de mi hija ha atentado. . . . Ya les contaré á Vds. esa infamia, señores.

—Mi amigo es incapaz de infamias, señor Velasquez, y Vd. puede contar á estos señores la historia que le parezca mejor. Pero solo hay esto: mi amigo ama á su hija de Vd. y ella le corresponde. Ya que Vd. ha nombrado á su hija, sepan estos señores la verdad.

Haciendo luego un frio saludo se retiró Gonzalez, entre el estupor de los testigos y la rabia sorda de Velasquez, cruzando el ancho patio enlozado, derecho y firme, sin volver la cabeza al departamento de la familia, de donde, tal vez por alguna cortinilla, espiaban curiosos unos ojos su rápida salida.

II

Tenia Gonzalez una energía tal de voluntad que, con solo quererlo, habia casi sofocado aquella pasion naciente, sintiendo un calor de vergüenza ó de ira que le subia al rostro, al recuerdo de las palabras del dandy en el Café Argentino. Hasta queria engañarse á sí mismo, diciéndose que jamás habia podido pretender á Clara, demasiado niña por otra parte para que pudiera sobreponerse á las burlas y sátiras que la hacian.

Cruzando á largos pasos las calles en direccion de la casa de Pedro, donde éste lo esperaba, iba repasando en su memoria los varios incidentes de sus amoríos, preguntándose cómo habia podido abrigar por un instante aquellas ideas y aferrándose

cada vez mas á la creencia de que solo habia sido un capricho pasagero. Todas sus ilusiones habian venido en un instante abajo, y aunque por la primera vez en su vida se sintiera desalentado un momento ante aquella repentina decepcion, luego reflexionando, habia hallado lógico aquel fin de tan ingénua pasion; sueño de adolescente, un poco tardío en quien habia dejado muy lejos la adolescencia, y niño aun, habíase hecho hombre en ruda y azarosa escuela.

Espíritu práctico, habia encarado un instante la cuestion de sus devaneos por Clara, bajo la faz matrimonial y la conveniencia de adquirir estado y echar raices en su patria adoptiva; pero por la primera vez le habia faltado su golpe de vista seguro y su claro criterio, y se echaba resueltamente atrás, desistiendo de sus insensatas pretensiones.

La venda que le impedia ver claro habia caido; tranquilo y resuelto se arrancaba su última ilusion como una amputacion dolorosa pero necesaria, y al lanzarse sin vacilar por el nuevo camino, ni flaqueaban sus fuerzas ni le faltaba conviccion, pero sin poder evitarlo, una tristeza abrumadora lo invadia, sintiendo como un vacío profundo, inllenable y

eterno en el alma. Jamás habia amado, no amaba, se decia él, á aquella chicuela traviesa que le hiciera perder el tino un momento; pero el dolor del desengaño lo habia sin embargo desalentado y necesitaba recurrir á toda su energía y fortaleza.

Tal se decia á sí mismo, dándose aliento y valor, y uniendo á su antiguo desprecio por D. Lino, la profunda irritacion que le habia producido aquella cínica rendicion de cuentas, se decidia mas que nunca á romper todo lazo que pudiese coartar su accion.

La lucha iba á entablarse. Pedro mismo, tenia suficientes motivos para estar cansado de que lo tomaran por tonto; no podia seguir teniendo consideraciones con aquel tutor infiel que en su mezquino rencor no vacilaba en calumniarle.

III

Paseábase Pedro á lo largo de su pieza cuando Gonzalez entró. Fresca la escena de la noche anterior, sentía Pedro aun la tension nerviosa que lo habia arrojado contra aquel deslenguado que lo

injuriaba sin conocerle, y se repetia sin cesar aquellas palabras de desaliento que lanzara.

Ya se veía tratado por todas partes de la misma manera, y cobarde para afrontar la maledicencia y la calumnia, queria mas bien huir lejos, donde nunca le alcanzasen las injustas apreciaciones de un mundo ligero, ni se ensañase contra su débil carácter la malevolencia de su antiguo tutor.

En tal estado de ánimo le halló Gonzalez. Así, en lugar Pedro de preguntarle por el resultado de su conferencia con Velasquez, lo recibió con el anuncio de su resuelto viaje al campo al dia siguiente. Iba á escribir á Luísa anunciándoselo y abandonaba todas sus pretenciones sobre la herencia, resuelto á trabajar en su pedazo de campo, lo único que en suma le dejaba D. Lino.

Quedósele Gonzalez mirando fijamente ante esta nueva resolucion, tan diversa de la escena en que acababa de ser actor representando á Diaz.

—Tenía plenos poderes tuyos, le dijo luego, y no creo que ahora pretendas dejarme en ridículo con tu delicadeza tonta, y, te diré la palabra, con tu cobardía y poquedad de ánimo. Sabe pues, que he roto con D. Lino y con toda consideracion

por su familia, y aun me siento lleno de ira ante su farsáica rendicion de cuentas. No sé cómo pude contenerme y no lo llamé en pleno rostro por su verdadero nombre. Hé ahí al que todo el mundo considera un caballero respetable, por su buena posicion, etc. Su honorabilidad no ha resistido á la primera prueba, como esas alhajas de oro falso que se someten á un exámen pericial.

—¿Que has hecho Gonzalez?

—Lo que debia y nada mas. Despues de tantos arreglos y cuando todo parecía concluido, D. Lino no desiste de su primer propósito, por el contrario, con mayor audacia te hace una novela sobre tus intereses hechos humo y solo te entrega la mitad del campo, y un dinero, importe de una poca hacienda vendida. Tendrás de ahí que descontar no sé cuánto por gastos ¡Y qué gastos! . . . Parece increible que llegue hasta ahí la miseria de un hombre! Mientras D. Lino enumeraba todas aquellas mezquindades, yo le miraba, y me preguntaba si era posible que no le subiese á la cara la vergüenza! Repugnancia me ha causado su cínica bajeza y no he podido contenerme. En una palabra; he rechazado las cuentas que me presentaba,

y mañana mismo acudo á los tribunales; que, ¡por mi nombre! si en esta tierra hay justicia, D. Lino tendrá que entregarte mas del doble de lo que pretende.

—¿Pero por qué no has aceptado sus cuentas, por qué? justamente, te he pedido que pases por todo, que las aceptes á todo trance. Tú piensas que un poco mas de dinero que me toque, podrá compensarme de todos los malos ratos que me ocasiona esta herencia funesta? Prefiero hundirme y soterrarme en un rincon de mi campo, antes de ver mi nombre pisoteado y mal juzgados mis actos! Gonzalez, Gonzalez! Todo el mundo dará la razon á D. Lino. Yo no seré mas que un ingrato y un ambicioso. La historia de siempre, como decian anoche en el café.

—No ha concluido ese asunto todavia. Ya he de encontrar á ese caballerito de anoche y le he de dar una leccion mas completa. Y no creas que solamente por las palabras que profirió; nó Yo veo en esos dos á toda una clase, la de los necios y los fatuos. Caracteres de la decadencia que es necesario estirpar para que no contaminen á los demás. Vélos cruzar impávidos, metidos en su traje correcto,

eternamente distraidos para con los amigos humildes ó aquellos cuyos saludos esquivan, llenos de atenciones, hasta serviles, con los poderosos y los ricos. Cretinos que nada valen, y quieren darse valor no viendo por la calle á los pequeños! . . . . Pero dejemos inútiles disertaciones, y al grano. Hoy mismo es preciso buscar abogado.

—Abogado, dices! Pero ¿á qué fin? Yo no sé . . . . Me extraño á mí mismo, cuando todavia vacilo estando desde tan largo tiempo resuelto. Yo no puedo entrar en pleito con mi viejo tutor, con el esposo de misia Elena, con el padre de Luisa. Sería levantar entre ella y yo una eterna barrera, seria . . . . perderla.

—Pobre Pedro! Eres un niño y nada más, débil, irresoluto. Luisa, llena de justicia, espíritu levantado, te dará siempre la razón . . Los hombres como D. Lino, cuando tocan en el extremo de la miseria y el egoismo, tienen en contra hasta á los suyos.

—¡Quién sabe como piensa Luisa! Temo . . . .

—No es el temor de perder á Luisa lo que te detiene, nó. Es que en tu corazon bondadoso no fermenta la ira, y las infamias que contra otro

te sublevarian, siendo la víctima tú no te parecen tan grandes. Eres de aquellos que están destinados á ser víctimas de los hombres de presa, eternamente explotados y engañados. Reflexiona. Al que mas se teme es al que mas se respeta y mas se concede. Al bueno, al manso, al humilde, todos lo miran con indiferencia; lo hunden con ese aire afectado de superioridad y proteccion que tienen para él. El hombre es un ser egoista y mezquino que solo por interés ó por temor es capaz de hacer algo por otro hombre. Vé como es: al que mas aborrece es al que mas adula. Rara vez por amor ó generosidad ha llegado á rayar en el heroismo. Quién sabe que egoistas pasiones lo mueven, en esos actos que parecen sublimes de abnegacion ó desprendimiento!

—No blasfemes, Gonzalez!

—Así pienso yo ¡qué quieres! Pero cítame pues, rasgos generosos. Uno ó dos; mas, nó. Ni qué provecho reportan al hombre para que pudieran aumentar? Ni la gloria siquiera conquistan muchos de ellos. En cambio, ¡cuántos actos verás de sórdida avaricia ó egoismo! cuántas miserias! Penetra en ese laberinto de los juzgados civiles, recor-

re uno por uno sus miles de espedientes, fermentos de la miseria humana. En el mar, las especies se declaran una guerra á muerte, y sin tregua. Ancho espacio es el mundo, pero los hombres no caben en él. El vecino pone pleito al vecino por una pared medianera; el hermano al hermano por un mendrugo de la herencia de sus padres. Para ganar un pleito se emplean todas las armas que se puede; cuando las pruebas no bastan, el fraude y la mentira; se calumnia si es preciso al contrario, se arroja lodo sobre su nombre sin escrúpulo á falta de razones, y hallarás abogados que no vacilan en descender hasta la diatriva en un alegato de bien probado. ¡Y no se habrán avergonzado al ver estampada su firma al pié de un monton de infamias, que pueden manchar á un hombre, pero que manchan tambien al que las manosea para arrojarlas á la cara!

—Pues bien; no quiero acudir á los tribunales, no ya por delicadeza, no ya tampoco por Luisa; nó, Gonzalez. Cuestion de estómago. A la justicia se la representa con una venda en los ojos porque de esa manera no vé las miserias en que se la llama á intervenir. Arroja los hechos en los



platillos de su balanza fiel, pero vuelve á otro lado la cabeza con repugnancia.

—Mira, Pedro; prescinde de todo eso, y piensa, que la justicia te asiste! No volverá la cabeza con repugnancia ante un pobre muchacho, inocente como tú, que reclama lo único que tiene y le dejaron sus padres. No es posible dejarse explotar; subleva la sangre el solo pensamiento. Te daré un plazo para que reflexiones y en tanto buscaré abogado. Hasta luego.

—He reflexionado ya, Gonzalez. No quiero pleitos. ¿Oyes?

—No importa; reflexiona todavia.





CAPITULO XIII

La víctima

I

Recien al dia siguiente de la famosa rendicion de cuentas, se tuvo noticia en lo de Velasquez de la paliza que recibiera su sobrino en pleno «Café Argentino». El escándalo fué tremendo, pero como ésto se arregla siempre, no es extraño que Gonzalez y Pedro salieran en libertad aquella misma noche, mediante el pago de ocho nacionales de multa por cada uno.

No habia sucedido lo mismo con el sobrino de Velasquez y su amigo. Validos de ser quienes eran, habíanse insolentado en la Comisaria y por desacato quedaron detenidos para ser pasados al

Departamento. Llenos de vergüenza luego, quisieron ocultar el hecho á sus familias y solo se valieron de las influencias de varios amigos, siendo al dia siguiente puestos en libertad.

Pasaron pues la noche en la Comisaria, y despues de un dia empleado en reparar los desperfectos sufridos en la contienda y la prision, encaminóse el sobrino á la casa de su tio, respirando venganza y deseoso de malquistar á Gonzalez con sus parientes.

Entróse directamente al comedor, á pesar de las palabras del gallego sirviente que le daba á entender que algo insólito pasaba en la casa.

La mesa estaba aun tendida, y los sitios vacios de misia Elena y sus hijas, y las idas y venidas de las tias, acusaban la brusca interrupcion del almuerzo por algun repentino accidente.

D. Lino en su sitio habia hecho á un lado su plato, y armaba y desarmaba sin cesar un cigarrillo, un tanto sombrio y distraido. Ni notô la entrada de su sobrino, y tuvo éste necesidad de darle dos veces las *buenas tardes*, para que Velasquez levantase la cabeza y dejase su tarea:

—Ah! eres tu! Siéntate.

—Por acá, buenos?

—Buenos, es decir, nó. A Elena le ha dado no sé qué, y acaban de llevarla á su dormitorio. Es un fastidio! Siempre hay alguna cosa de que disgustarse, lo que hace que uno no pueda comer á gusto ni vivir en paz. Ni de almorzar he concluido!

A la vez que hablaba, daba D. Lino golpecitos de impaciencia con el pié, mientras su sobrino callaba discretamente. No le eran desconocidos los desacuerdos de la familia, pues sus tias tenian especial cuidado en instruirlo de todo lo que pasaba en la casa y pedirle su parecer. Escusado es decir que estaba siempre de conformidad con ellas, sobretodo cuando iba á pedirles algunos nacionales que reparacen los desfalcos de su haber, siempre escaso para sus gastos, y en cuanto al asunto de Pedro, hay que decir en su descargo, que solo sabia lo que sus tias le contaban.

Llegó en esto Narcisa, afligida y asustada, y al ver á su sobrino, corrió á él:

—Pronto, Albertito; corre, trae un médico.

—Como! qué pasa, tia?

—¿Qué tiene Elena? dijo entónces D. Lino poniéndose de pié.

—Lo de otras veces; el corazon! Corre, Lino,

porque Clarita es una floja, y lo que hace es afligir á la madre.

Alberto entre tanto, salia apresurado en busca del médico, y Narcisa, trascendiendo á agua de colonia, volvia seguida de D. Lino á la pieza de su cuñada.

II

D. Lino habia descubierto esa mañana la correspondencia de Luisa con Pedro, merced á las pesquizas de la tia Manuela, especie de dueña que todo les revolvia á sus sobrinas, y que, desde hacia tiempo, sospechaba alguna cosa.

Poniendo el grito en el cielo se habia dirigido primero á misia Elena, la cual al principio habia reprochado tal hecho; pero luego calló, no queriendo decir nada á Luisa, que enfermiza y delicada, parecia mas desolada que nunca, eternamente sufriendo los reproches de su padre, silenciosa y resignada.

Pero tanto habló la tia, que al fin D. Lino se apercibió de lo que pasaba. Todas sus iras y rencores estallaron en improperios y brutalidades para la hija y para la madre, sobre todo para la madre

que tenia la culpa. Velasquez habia ido poco á poco agriando su génio desde las escenas de la estancia y rendicion de cuentas, y por entónces era insoportable á su familia, haciéndose ya hasta brutal y grocero.

Eternamente de mal humor, solo su voz destemplada se oía en la casa desde que amanecía. Todo le incomodaba, á todos reprendía y acosaba. El mismo Paquito habia sufrido sus iras, y en castigo de una travesura de niño mimado, se hallaba á pupilo en el Colegio del Salvador.

Aquella mañana habian salido las dos hermanas, por lo cual Luisa libróse de los primeros estallidos de ira de Velasquez, siendo solo la pobre madre la víctima, para quien ya no tenia su esposo la mas mínima consideracion.

Cuando aturdió bastante á misia Elena, y le hizo varias veces los mismos reproches, echóse á la calle con las dos ó tres cartas de Pedro en el bolsillo. En el trayecto encontró á Luisa y Clara que regresaban, y aun dominado por su acceso de mal humor, no pudo dejar de arrojarle de paso su bílis.

—Ya lo sé todo, mala hija. Aquí llevo en el bolsillo las cartas de aquel miserable. Anda!

Y siguió su camino, mientras Luisa, tomándose del brazo de Clara y presa de angustia mortal, apresuraba su marcha deseando llegar á su casa antes que sus escasas fuerzas la abandonaran.

Pero ¿á donde iba D. Lino? Primero habia salido maquinalmente de su casa, como hombre que tras un disgusto doméstico sale á la calle como á terreno neutral; despues se habia dicho: — «Voy á refregar por el rostro estas cartas á ese miserable». Y se habia lanzado en direccion de la casa de Diaz.

Recordó que tenia en su cartera una tarjeta de Gonzalez, con el domicilio de éste y de Diaz, y con ella le fué fácil dirigirse, lleno de resolucion y energía. Habíase sublevado por un instante esa vieja sangre de estanciero altivo, acostumbrado á mandar é imponerse con su sola presencia, aunque habia gastado su fibra de antaño, en aquella fiebre de adquirir que lo dominaba y en ese eterno fraude de su carácter.

Pusilánime y servil con los fuertes, era, como natural consecuencia, despótico é insolente con los débiles, y si ante Gonzalez habia enmudecido á una sola palabra mas alta de éste, ante Pedro se miraba lleno de valor y superioridad, dispuesto á hacerle

sentir su dominio, acostumbrado á gritarle siempre y verlo respetuoso y humilde con él desde niño.

Pero á medida que avanzaba, su sangre se enfriaba y su paso se hacía mas lento; consideraba tambien que podia encontrar á Gonzalez y que entónces la cuestion variaría, y no dejaba de decirse que no era así, de una manera violenta, como debia buscarse solucion á este asunto.

El respetable señor Velasquez, iba ya muy pensativo y cambiado cuando trepaba las escaleras de la gran casa de la calle Reconquista; hasta sentia tentaciones de volverse, aunque un resto de vergüenza de sí mismo lo detenía.

III

Pedro Diaz se quedó frio ante la inesperada visita. Estaba solo y leía. Apenas si atinó á ponerse de pié, mudo y asombrado, sintiendo una extraña emocion que le cerraba la garganta.

D. Lino á su vista recobró toda su audacia de antiguo déspota, pero era hombre incapaz de empezar por la violencia, acostumbrado á no tomar jamás el camino recto.

—He venido á verte, dijo á Pedro con solemnidad, mientras que con su mano metida en el bolsillo del sobretodo, apretaba y estrujaba las cartas delatoras; he venido á verte, porque con el señor Gonzalez no es posible entenderse y pone mil obstáculos para el arreglo de tu herencia. ¿Ha salido ese señor?

—Ha salido.

—Está bien, continuó D. Lino con mas aplomo; yo creo que sabes perfectamente que tengo alguna fortuna, y que aunque poca, para nada necesito tus cuatro reales.

—Señor!

—Y por lo tanto, que no pretendo quedarme con ellos. Como te los dejaron tus padres, te los entregaré cualquier dia.

—Yo acepto lo que vd. crea justo, yo . . . .

—Yo no quiero pleitos. Tu padre te dejó un pedazo de campo y unas vaquitas, eso te entregaré. No te cobraré las cuentas de gastos que he presentado á Gonzalez, ni otras menudencias; pero . . . . tú me devolverás las cartas que tienes de Luisa y no volverás á escribirla, ¿oyes?

—Cómo! . . .

—Y guárdate de que yo sepa que te atreves á lo mas mínimo . . . .

Pedro Diaz no sabia mentir. No negó pues que tenia cartas de Luisa, pero al mismo tiempo manifestó á D. Lino que no podía entregárselas; que sentía por Luisa una honrada y sincera pasion que ella correspondía, y que estaban ámbos dispuestos á sufrir y â esperar.

D. Lino Velasquez estalló.

—Mientes! Mientes! le dijo. Tú no amas á Luisa, amas sus pesos; has introducido la discordia en mi familia para apoderarte con mas facilidad de ella y despues de su fortuna. Por tí, no puedo ver á mi hija á la altura que le corresponde por su posicion; por tí, hace vida aislada en medio de los suyos, y por tí, ha visto hasta hoy á su padre con recelo y prevencion.

Pero se ha desengañado ya. Ella misma me ha entregado estas cartas y me ha pedido que te exija las suyas . . . Despues de esto, ¿tendrás la audacia de decir que te quiere? Mientes, mientes! Te desprecia, se avergüenza de haberte escrito, despues

de los insultos que en tu nombre ha ido á prodigarme Gonzalez en mi propia casa. Ella no puede querer á quien trata de escarnecer el limpio nombre de su padre! . . ¿Quien eres tú, para que te atrevas á pretender á mi hija?

Pedro estaba confundido y anonadado. ¿Era cierto entónces aquello que él mismo temiera? Habia, pues, la misma Luisa descubierto su correspondencia con él? Mil ideas absurdas se agolpaban á su pobre cabeza, renacian sus eternas dudas, sus agudas desconfianzas de lipemaniaco!

Ah, sí! Tenía razon Luisa en arrojarle al rostro sus cartas! ¿Acaso valía ella menos que un miserable pedazo de campo, para que por él se fuese contra su propio padre esponiéndose á perderla? . . .

La audacia de Velasquez crecía á medida que aumentaba el abatimiento de Pedro.

—Acabemos, le dijo; venía resuelto á refregarte el rostro con estas infamias que has escrito. Pero no vale la pena. Me devuelvas ó nó esas cartas, sabe que la señorita Luisa Velasquez está muy por encima de Pedro Diaz, como nacimiento, como posicion, como fortuna. Ahora, toma tus cartas!

Y estrujándolas entre sus dedos, nervioso y vio-

lento, las arrojó luego al rostro de Diaz, dando un paso atrás para retirarse.

Una llamarada de fuego sintió Pedro que le subia á la cara, y ciego, medio loco, se precipitó sobre Velasquez, á tiempo que Gonzalez entrando adivinó sus intenciones y corrió á él, luchando á brazo partido por contenerle. No en vano la sangre ardiente de sus veinte y cuatro años, le corria á Pedro por las venas!

D. Lino sorprendido, miró con atónitos ojos á su ahijado, y apresuradamente atravesó los corredores, bajando las anchas escaleras, sin darse aun exacta cuenta de lo espuesta que habia estado su dignidad de caballero respetable.

—Deja á ese pobre viejo, habia dicho Gonzalez á Pedro, arrojándolo sobre una cama de un violento empujon, y parándose luego en la puerta de la pieza. Deja que marche en paz. Ya llevará su merecido ante los tribunales, que es donde á él le hace mella.

—Gonzalez! Hoy mismo presentas el escrito!

—Descuida; ya tengo abogado. Pero antes, cuéntame lo que ha pasado aquí.

IV

Llegó Velasquez á su casa y se encerró en su escritorio hasta que vinieron á llamarlo para almorzar. La pobre esposa, aunque abatida y disgustada, estaba en su puesto y servía como siempre. Luisa no estaba en la mesa y por su ausencia empezó aquella ágria cuestion que tan fatalmente terminó, como ya se sabe, con la repentina indisposicion de misia Elena.

El médico tardaba en llegar, pero desgraciadamente era inútil ya. La enfermedad al corazon de que padecía la señora habia llegado á su último grado. Rápida como sucede en estos casos, en medio de la afliccion de todos, llegó la muerte á la una y cuarto de la tarde, cuando misia Elena se sentaba en su lecho para estar con mayor comodidad.

D. Lino no estaba en ese instante; habia salido tambien en procura de médico, y de regreso con él, encontróse con aquel cuadro doloroso.

Tan dulcemente como si estuviese dormida, yacia misia Elena recostada en su lecho, y Luisa y Clara

abrazadas estrechamente, lloraban á la cabecera con el llanto desesperado y sin consuelo de quienes se quedaban muy solas en la vida!

—¡Pobres mis hijas! Pobre mi hijito querido! habia dicho solamente al echar hácia atrás su cabeza, y con el último aliento de su vida, habia juntado sobre su pecho las cabezas de sus hijas, como pidiendo proteccion para ellas.

D. Lino se habia quedado de pié en el dintel al oir los llantos de las niñas y comprender que era tarde, y sin atreverse á entrar, en actitud de pavorosa sorpresa, volvióse pálido aunque con los ojos enjutos, á su hermana Manuela que cruzaba sollozando.

—¡Pobre Elena! exclamó. Pobre Elena! . . .

Sentándose luego en un sillon de la pieza, cruzó los brazos sobre el pecho y así permaneció largo tiempo.

Oíanse dentro los suspiros de sus hermanas, el paso furtivo de los sirvientes tristes y afligidos y los entre-cortados sollozos de Luisa mezclados á los llantos desesperados de Clara; en tanto que esa tristeza solemne de la muerte se habia difundido en un momento por toda la casa.

Allá, fuera, aumentaba el ruido de carruajes y carros, el rumor de los tramways y los toques animados de sus cornetas; y el ir y venir de la multitud bulliciosa, que llegaba hasta los muros de la casa mortuoria como un éco lejano del mundo indiferente!





CAPITULO XIV

El último viaje

I

Habia pasado Pedro una noche angustiosa, acosado de tristes presentimientos como quien teme una inmensa desgracia irreparable. Gonzalez trató de convencerlo de que todo cuanto le habia dicho D. Lino á nombre de Luisa era solo invencion suya, pero en esta hipótesis era que sus temores aumentaban.

¿Que habia pasado, qué pasaba aun en la casa de Velasquez? Pobre Luisa, espuesta á las iras de un padre egoista y vengativo como éste! Porqué serie de pruebas no tendria que pasar! En cuanto á él, su suerte estaba echada; habia presentado su



escrito de demanda el dia anterior y aun le hervia la sangre al recuerdo de las injurias de Velasquez. No daría un paso atrás costara lo que costara. Sabia que estaba de su lado la justicia y que Luisa y misia Elena misma aprobarían allá en su interior el paso que daba. Ya, poco le importaba lo que pensasen los demás.

En cuanto á sus amores, aun suponiendo que todo fuese invencion de Velasquez, debia esperar que Luisa se apresurase á avisarle lo que pasaba; de otro modo, verdad ó mentira cuanto se le habia dicho, ¡qué habia de hacer, sino tratar de ahogar en su corazon aquel cariño de tantos años ô revestirse por lo menos de una apariencia de insensibilidad, y aunque con el alma herida, afrontar la lucha de la existencia, resignado ya que no feliz! ¡Ay! Pero él mismo comprendia cuan difícil sino imposible era aquella resolucion que tomaba.

Gonzalez le daba á este respecto exelentes consejos. Poníase él mismo de ejemplo. Habia ahogado aquella pasion por Clara ¡ay! no tan fácilmente como creyera, y aunque en el fondo le quedaba una tristeza abrumadora y tenaz, habíase plenamente convencido de que hubiera sido una lo-

cura, dada su situacion, aquel matrimonio que un instante acariciara como un sueño de felicidad.

Quien por sus hábitos ó negocios hace vida quieta en la ciudad, un abogado, un médico, un hombre de oficina, podia casarse jóven y preocuparse temprano de formar una familia; pero un hombre como él, lanzado á la corriente febril de los negocios, eterno vagabundo que sus mismas ocupaciones llevaban de aquí para allá, debía ser libre, sin preocupaciones domésticas ni cariños profundos; plantando su tienda donde la suerte lo llevase, sin esponer á una persona querida á las contingencias de un fracaso cualquiera. Pedro mismo, puesto que se habia resuelto á estudiar, debia en cierto modo resignarse y en todo caso esperar. El verdadero cariño triunfa del tiempo, de las distancias y las contrariedades, es llama inmortal que ningun viento consigue apagar! Y que considerase que á pesar de sus años, no era aun tarde para empezar sus estudios y seguir una carrera, puesto que era éste su mas ardiente anhelo; que mirase en torno, que sin ir muy lejos podia encontrar numerosos ejemplos, allá, en su mismo pueblo nativo. Y le citaba varios jóvenes de N . . . que aun habiendo empezado ya mozos á estudiar,

eran hoy médicos notables los unos y abogados distinguidos los otros.

Llegado un día él á la meta ambicionada, ¡que satisfaccion, al poder ofrecer á la que amaba, no ya el nombre oscuro de un pobre campesino soñador, amigo de romances y novelas, planta casi exótica en las campañas donde naciera, sino el de un hombre jóven, formado en el estudio, é ilustrado en las facultades con brillantes pruebas anuales de competencia y erudicion!

Pedro lo escuchaba en silencio, sentado al borde de su cama, con la vista clavada en las baldozas del piso. Todo cuanto le decia Gonzalez, ya se lo habia dicho á sí mismo y tal era la línea de conducta que se trazaba; pero que lo dejasen siquiera un tiempo encerrado en su pieza con sus tristezas, sin pretender que buscase las diversiones y los paseos, cuando el corazon le sangraba y no tenia mas halago que la soledad y las lecturas!

Se separaron para ir á almorzar; pero como Gonzalez tenía que atender sus negocios y regresar pronto á «Las Tablas», iba á llevar esa tarde á Pedro un procurador para que le corriese con su asunto.

II

« Elena F. de Velasquez—Tenemos el senti-
« miento de anunciar el fallecimiento de esta dis-
« tinguida matrona, víctima de una enfermedad al
« corazon de que ha tiempo venia padeciendo.

« Esta tarde, á las 4, serán conducidos sus restos
« al Cementerio del Norte. Acompañamos en su
« dolor á su señor esposo, el respetable hacendado
« D. Lino Velasquez, y á sus distinguidas seño-
« ritas.

De regreso á su casa, compró Pedro los diarios de la tarde, y subía las escaleras, bien distante de imaginarse aquella fúnebre y triste noticia que llevaba en uno de ellos. Habia sido para él misia Elena, como ya se sabe, una madre cariñosa y solícita. Cuando apenas contaba siete años, huérfano y aflijido, habia sido llevado á la estancia de Velasquez y rodeado de atenciones y cariños por aquella mujer, se habia acostumbrado desde entónces á quererla y respetarla. ¡Qué pena no le había causado ya el verse para siempre distanciado de ella, con la

eterna duda en el alma, sin saber si lo creía aun digno de su cariño y consideracion! En aquel mismo instante un vago remordimiento lo molestaba, y sentía que al entablar aquella demanda, iba mas que contra su sangre misma, iba contra sus mas caros sentimientos; porque D. Lino era el esposo de aquella que habia sido su providencia y el angel guardian de su infancia.

Se habia sentado, frente á la mesita de centro en que siempre leía, y dejaba por un instante vagar su pensamiento muy lejos de aquel sitio y de aquella época. No sentia el menor deseo de leer; sus ojos se tendian medio entornados y vagos por la ancha página negra del periódico, sin precisar las líneas divisorias de sus columnas, apenas destacando vagamente las manchas mas oscuras de los tipos mayores, escasamente percibiendo como rayas negras los medianos.

De pronto, como atraido por fuerza secreta, cayeron sus ojos sobre la seccion Noticias. Era el primer suelto el de la fúnebre noticia y las letras del epígrafe saltaron como de relieve ante su distraida mirada. Sintió como un golpe al corazon, y leyô . . . mas bien adivinó todo el suelto, poniéndose

de pié y apretando con ámbas manos su pecho. Lágrimas abundantes quemaron sus párpados; y no del todo repuesto, inchados los ojos, sintiendo una ansia inmensa, tomó su sombrero, bajando á saltos las escaleras y corriendo desesperado hácia la casa de Velasquez.

Apurândose podria llegar á tiempo. Deseaba besar aunque fuese el cerrado cajon que contenia aquellos restos para siempre. Iba resuelto. Ni el mismo Velasquez á pesar de su rencor, podria oponerse á su entrada á aquella pieza, sagrada ya por la muerte que la llenaba y donde las miserias de la tierra no debian alcanzar.

Pero llegó tarde. Perdíase á lo lejos el último carruaje del fúnebre convoy; con un rumor sordo de marea, se dispersaba la multitud agrupada á las veredas, y pasaban ligeros los tramways, un instante detenidos por el movimiento de los carruajes.

En el llamador de la cerrada puerta, flotaba solo el crespon negro de luto, como bandera de la muerte; pero varias personas habian quedado en la vereda á causa de ser pocos los carruajes del acompañamiento. Algunos se retiraron, mientras otros corrian á tomar el tramway de la Recoleta en la

esquina de Cerrito, á fin de hacer acto de presencia en el momento de despedirse de los dolientes. Pedro los oyó y los siguió de lejos, sin perderlos de vista, hasta el Cementerio.

Entre tanto, en la calle de Reconquista, Gonzalez subia de cuatro en cuatro los escalones, agitado y aflijido, deseando llegar á tiempo de que Pedro no supiese tan repentinamente la noticia fatal.

III

Tremenda había sido la noche pasada en vela ante el cajon de ébano de misia Elena. Habian traido los cuatro grandes cirios y el paño negro sobre el cual se coloca el cajon, y arreglado este túmulo en la sala enlutada, encendiéronse los círios. Durante toda la noche, las dos hermanas de Velasquez seguidas de amigas y parientas que desde el primer momento llenáran la casa, habian ido á cada instante á arrodillarse ante el féretro recitando oraciones, mientras los pocos hombres que velaban en la sala, asistian en silencio â este acto ó seguian en voz mas baja la interrumpida conversacion. Despues de rezar un instante se retiraban, y corrian ráfagas frias

por la sala, en la calma de la noche, haciendo oscilar la luz amarillenta de los círios . . . .

D. Lino en su escritorio, todo de negro, pálido y la barba blanca revuelta y erizada, paseábase á largos pasos, dando instrucciones á su sobrino para el entierro. De vez en cuando, alguna de sus hermanas, enjugando con el pañuelo una lágrima vieja que olvidara secar, se acercaba á tomar parte en el asunto y daba tambien sus instrucciones.

—Que vengan bastantes carruajes, Lino, siquiera tres cuadras; que el fúnebre sea de los mejores, con las letras de la finada en los arreos, y cocheros y lacayos con elástico.

Velasquez protestaba. ¿Querian treinta carruajes? Pues que viniesen solamente quince y un fúnebre bueno, pero sin farsas ni letras. Nada de ostentacion ni de lujo. Sencilla y modesta habia sido ella; sencillo como su vida debia ser su último cortejo. Habia dejado deslizar sin ruido su vida de virtud la pobre Elena, á la sombra de su hogar, humilde y retirada, y así en silencio debía pasar por las calles bulliciosas, sin atraer las miradas de la multitud indiferente.

D. Lino Velasquez empezaba recien á hacer jus-

ticia á su mujer, y hacia llorar á su mismo sobrino, con aquellas frases justas que eran como el epitafio de la mártir. Casi siempre, estos hombres que nada merecen, encuentran en su camino una de estas mujeres, buenas y tiernas, que mueren perdonándolos despues de haberles sacrificado su vida; pero como justo castigo á su maldad, solo despues que las pierden las aprecian en lo que valen.

IV

En el dormitorio de Luisa el espectáculo era tristísimo. La pobre niña habia tenido necesidad de tomar la cama, y Clara, abrazada á ella, lloraba sin trégua siendo inútiles las palabras de cariño ó de consuelo que la prodigaban. Ninguna de las dos hermanas queria separarse de la otra, y al sentirse sin la madre que velaba por ellas, en medio de un espantoso vacío, parecían querer prestarse mutuo apoyo y asirse la una á la otra como si estuviese espuesta á perderla tambien y para siempre.

Narcisa, que era la mejor de las tias, se habia consagrado por entero á ellas, pero era ruda aquella tarea, cuando las mas queridas amigas de sus sobri-

nas eran rechazadas por ámbas, como si este inmenso dolor hubiese muerto en ellas toda fibra que no latiese para llorar á aquella madre tan querida. Para qué querian consuelos ellas, que no podian consolarse y ni sabian como alentaban todavía!

En los ligeros momentos que quedaban solas se decían entre sollozos que se consagrarían por entero á su memoria, y Luisa, en quien el dolor era sin duda mas profundo, porque se mezclaba á él un cierto remordimiento,—al decirse que sus amores habian tenido mucha parte de culpa en esta repentina desgracia, maldecíalos desde el fondo de su alma y pedia á Dios suficientes fuerzas para ahogar del todo su pasion.

¡Ay! mientras su madre estaba tendida allá, en la sala, rígida y helada; mientras ella lloraba allí desesperada, Pedro andaría tal vez de jarana en jarana, como su padre le habia dicho tantas veces! ¡Quién sabe porqué hallaban ahora sitio en su pobre cabeza todas las invenciones de Velasquez, y en medio de su dolor, culpábase una y mil veces de sus amores y ráfagas de ódio á Pedro sentía que le quemaban el rostro, ante el yerto cuerpo de su madre muerta.

Aun cuando pudiese conservar para él un resto de cariño, aquellos amores eran imposibles ya. Había un cadáver de por medio como eterna é insalvable barrera. Así se engañaba á sí misma la pobre niña, y con esa firmeza de carácter que la distinguia en sus resoluciones, se preparaba tal vez para ser eternamente desgraciada! Pero el que escribe estas líneas, no tiene derecho ninguno á llegar mas allá de esta resolucion extrema, tomada en un momento de desesperacion.

V

A las cuatro y diez minutos partía el convoy fúnebre. Todos los que habian estado dentro de la sala y habitaciones, iban hondamente conmovidos. Luisa y Clara, al oir el movimiento de los carruajes habian querido correr á la sala y, naturalmente, se les habia impedido la entrada dando lugar á una escena desgarradora.

D. Lino Velasquez, perdido en la sombra del coche de duelo, giraba sus ojos desencajados por la vigilia y el dolor, levantado un instante sobre su mundo de miserias y debilidades. Allá,

en lo interior de su conciencia, una voz secreta pero persistente, le ponía de manifiesto, claros y patentes los hechos, y por una vez siquiera los alumbraba la verdad con su clarísima luz.

El escribano que asistiera á la famosa rendicion de cuentas, le habia traído, entre aspavientos y palabras de pésame por la muerte de su señora, la noticia de la demanda entablada contra él ante los tribunales, y llevaba tambien ese otro áspid en el pecho, mientras el dolor de Luisa y de Clara le habia conmovido un momento, galvanizando aquel amor de padre, muerto hacia mucho tiempo en su corazon.

Volvía con desconfianza sus ojos á los que le acompañaban en el carruaje, y mudo é impenetrable, vigilaba atento, cuidando que ni su propio oído escuchase el tumulto de sus extraños pensamientos.

Era aquel un dia escepcional de su vida moral, y cuando luego, al dejar el féretro en su bóveda, retirábase silenciosa la comitiva, y él se habia parado en el dintel del Cementerio á despedirla, volviendo los ojos hácia el lejano sepulcro en que quedaba su esposa, una ráfaga de rencor habia vuelto á apo-

derarse de su corazon, despertando de nuevo sus mezquinas pasiones.

Habia visto cruzar furtivamente á Pedro Diaz, cuando todos se alejaban, y arrodillarse, casi con el rostro pegado al mármol, en el sepulcro de misia Elena; y mientras se hundía de nuevo en el carruaje alejándose de prisa de aquel sitio, recordaba cuantos motivos tenia Pedro para ir á llorar inconsolable sobre aquella tumba, y, haciendo suyas las virtudes de su mujer, se demostraba cuan ingrato era con él que lo habia recogido en su horfandad.

¡Quién sabe cuales serían los resultados de aquel pleito! Estaba decidido Velasquez á mover cielo y tierra para ganarlo, porque iba en ello interesada su honra y su odio â Pedro crecia; pero, favorables ó adversos los resultados, desde aquella tarde en que la verdadera luz llegara hasta su conciencia, perdiendo casi todo el buen concepto que de sí mismo tenia ¡quién sabe cuantos dias de vergüenza se preparaba, oyéndose llamar por todas partes, señor honorable! Y, quién sabe cuantas noches negras le aguardaban, retorciéndose con sus recuerdos y miserias en su lecho solitario de viudo!

